
HARLEQUIN
Deseo
La bella y el ángel azul
Maureen Child

LA BELLAY EL ÁNGEL AZUL

Maureen Child

Argumento :

La camarera Daisy Cusak se puso de parto durante sus horas de trabajo. Muerta de dolor, aceptó aquellos fuertes brazos que la ayudaron y le dieron seguridad. El piloto militar Alex Barone se convirtió en su salvador, la ayudó a dar a luz con dulzura y tranquilidad. Pero no eran sólo las hormonas las que la habían hecho creer que aquel hombre era un sueño hecho realidad... Alex también la deseaba, y tenía intención de tenerla antes de que se le acabara el permiso. Pero Daisy era mucho más peligrosa que cualquier misión en la que hubiera participado. Ella y su recién nacido estaban poniendo en peligro el corazón de Alex.

Ella necesitaba un héroe...

él necesitaba que lo salvaran.

QUIEN ES QUIEN:

Alex Barone. La única vez que dejó que su corazón lo guiara, se lo rompieron. Su prometida lo abandonó el día de San Valentín, siguiendo la maldición de los Barone. Alex prefiere la vida rápida de los Ángeles Azules y volar por todo el mundo, y no está buscando ningún piquete que lo inmovilice.

Daisy Cusak: En cuando le dijo a su ex novio que estaba embarazada, él la dejó tirada. Daisy está preparada para ser padre y madre de su bebé, y hará todo lo que sea necesario para ello. No está buscando el amor pasajero de ningún piloto.

Rita Barone La hermana de Alex, enfermera, ayudó a nacer a la hija de Daisy, sana y preciosa. Ahora está interesada en ayudar a otro Barone a llegar al altar.

Capítulo 1

Daisy Cusak hizo caso omiso a la oleada de dolor que le atravesó el cuerpo.

-Es sólo una punzada -susurró pasándose la palma de la mano por el abultado vientre-. Vamos, cariño, no le hagas esto a mamá, ¿de acuerdo?

Había tenido dolores intermitentes durante todo el día, pero había decidido ignorarlos. Los libros decían que no había de qué preocuparse hasta que las contracciones fueran fuertes y separadas sólo por unos minutos. Y ella tenía una cada hora y media -aproximadamente, por lo que pensaba que no tenía de qué preocuparse.

Además, era viernes por la noche, el día perfecto para sacarse buenas propinas sirviendo cenas en el restaurante italiano Antonio's. Y en aquellos momentos, las propinas significaban mucho.

A su alrededor se escuchaba el ruido de la cocina: sartenes, cocineros diciendo palabrotas, el ruido de los platos de porcelana al chocar unos con otros... Era en cierto modo una música, y los camareros y camareras, bailarines.

Daisy llevaba cuatro años haciendo aquel trabajo y era muy buena. Cierto que mucha gente no consideraría ser camarera como una carrera profesional, pero a ella no le importaba. Le encantaba su trabajo. Conocía gente nueva cada noche, tenía clientes fijos dispuestos a esperar media hora de más para sentarse en su zona, y era estupendo trabajar para sus jefes, los Conti.

Lejos de despedirla por haberse quedado embarazada, la familia Conti le estaba pidiendo continuamente que se sentara. Siempre había alguien cerca para ayudarla con las bandejas más pesadas y ya le habían asegurado que su puesto de trabajo la estaría esperando cuando regresara tras tomarse un tiempo para estar con el bebé.

-Ya lo verás -aseguró Daisy sonriéndole a su vientre-. Va a ser estupendo. Vamos a estar fenomenal.

-¿Va todo bien, Daisy?

-Claro -respondió girándose para encontrarse de frente con Joan, otra de las camareras-. Estupendamente.

La otra mujer la miró como si no acabara de creerla, y Daisy deseó para sus adentros mentir un poco mejor.

-¿Por qué no descansas un rato? -le sugirió Joan-. Yo cubriré tus mesas.

-No hace falta -aseguró Daisy con firmeza para convencer no sólo a Joan, sino también a ella misma-. Estoy bien. De verdad.

Su amiga la miró con el ceño fruncido.

-De acuerdo-dijo finalmente colocando dos

platos de lasaña en la bandeja-. Pero te estaré vigilando.

Igual que el resto de la gente en Antonio's, pensó Daisy. Agarró una jarra de café, empujó la puerta y entró en el comedor principal. Se respiraba una atmósfera de natural elegancia. Las mesas estaban cubiertas con inmaculados manteles de lino blanco, y las velas brillaban con todo su esplendor dentro de candelabros de globo. A través de unos altavoces se escuchaban los suaves acordes de un violín.

Daisy sonrió a los clientes mientras les ofrecía más café y tomaba nota de sus pedidos. Le hizo una mueca a un bebé que tendría aproximadamente un año y estaba sentado en una trona, muerto de risa porque se había tirado los espaguetis por encima de la cabeza. La mayoría de los camareros odiaba tener niños en las mesas de su zona. Normalmente suponía perder tiempo cuando los clientes se marchaban, porque tenían que limpiar completamente el desastre que los niños dejaban atrás antes de que se pudiera sentar nadie más. Y perder tiempo significaba perder dinero.

Pero a Daisy siempre le habían gustado mucho los niños. Incluso los más revoltosos.

Un grupo de hombres de aproximadamente treinta años siguieron a la recepcionista hacia la mesa del fondo de la zona de Daisy. Al pasar, la recepcionista le dirigió una -mirada de disculpa mientras los acomodaba. Cuatro hombres solían ser cuatro comilones, y probablemente acabarían con las energías de Daisy. Pero mirándolo por el lado positivo, los grupos de hombres solían dejar también buenas propinas.

Daisy sintió otra punzada de dolor en la zona de los riñones, esta vez 'más aguda, y reaccionó poniéndose tensa.

«No, cariño, por favor. Ahora no», rogó para sus adentros.

Como si su bebé hubiera escuchado su plegaria, el dolor fue desvaneciéndose hasta convertirse en una molestia. Yeso sí podía soportarlo.

Sólo tenía que aguantar un par de horas más y sería libre para volver a casa.

Sólo tenía que aguantar un par de horas más y sería libre para volver a casa. Al menos eso era lo que Alex Barone no cesaba de repetirse.

Fue el último en sentarse, `y lo hizo en la esquina del banco de cuero, como si estuviera preparado para salir corriendo. Cuando

aquel pensamiento le cruzó por la cabeza, apretó los dientes y se apoyó contra el respaldo del asiento. No estaba dispuesto a sentirse culpable por entrar en aquel restaurante.

Aunque si hubiera sabido que sus amigos iban a elegir Antonio's, tal vez no hubiera salido con ellos. No tenía sentido ponerse en el campo de tiro de un antiguo enemigo de la familia.

Como Barone, había crecido escuchando historias que convertían a la familia Conti en auténticos demonios. Pero si aquel era su infierno, no cabía duda de que lo habían convertido en un lugar muy agradable. La luz tenue, la música suave y los olores que salían de la cocina obligaron a Alex a gruñir de gusto.

Todas las mesas estaban ocupadas, y los camareros parecían tan ocupados como tropas de infantería en una contienda. Aquel pensamiento lo hizo sonreír. Llevaba demasiado tiempo en la vida militar.

Mientras sus amigos, charlaban y reían, Alex dejó que su vista se deslizara de nuevo por el comedor, vigilando por si encontraba algún Conti. Pero ninguno de ellos lo conocía personalmente, así que tenía muy pocas posibilidades, por no decir ninguna, de que supieran que él era un Barone.

Así que intentaría relajarse, cenar y después marcharse sin más complicaciones.

-Pero al instante siguiente, cualquier pensamiento de marcharse se borró de golpe de su cabeza.

Una mujer preciosa pareció surgir de la nada, colocándose justo al lado de Alex mientras les dedicaba a los comensales de la mesa una sonrisa lo suficientemente amplia como para iluminar todas las sombras del comedor.

-Hola, me llamo Daisy y esta noche seré su camarera.

Un instinto masculino puro obligó a Alex a estirarse para tener una visión más cercana de ella. Tenía el cabello largo y rizado, de color avellana, y lo llevaba recogido en el cuello con un prendedor plateado. Los ojos no eran ni verdes ni azules, sino una deliciosa combinación de ambos tonos, y su piel pálida tenía un aspecto suave y delicado. Su voz encerraba un tono de humor que despertó el interés de Alex... hasta que su abultado vientre se hizo visible cuando ella cambió de posición.

Embarazada.

Alex sintió una punzada de desilusión, y deslizó automáticamente la mirada hacia su mano. No tenía anillo de casada, ni tampoco había ninguna marca en el dedo que indicara que lo hubiera llevado alguna vez.

Frunció el ceño. ¿No estaba casada? ¿Qué clase de idiota dejaría marchar a una mujer así, especialmente si estaba esperando un hijo suyo?

-Hola, Daisy -dijo uno de sus amigos soltando un silbido de aprobación-. Yo soy Mike Hannigan.

Alex le dirigió una mirada de reproche, pero la mujer no pareció molestarse en absoluto.

-¿Queréis empezar con algún aperitivo? -preguntó Daisy entregándoles la carta.

-Cerveza para todos -aseguró Nick Santee mientras ella asentía con la cabeza y tomaba nota en un cuaderno.

-¿Es tu número de teléfono? -se aventuró a decir Tim Hawkins.

Ella sonrió, y la amplitud de aquella sonrisa le golpeó a Alex como un puñetazo inesperado. Aquella era una mujer potente, incluso dada su condición.

-Claro -respondió Daisy llevándose la mano al vientre-. Es uno, ocho, tres, cinco, cuatro... embarazada.

Luego se dio la vuelta y se marchó a buscar la bebida. Mientras los chicos reían y se burlaban de Tim por su sistema para ligar, Alex se giró en el asiento para seguirla con la vista por el comedor. Tenía un modo de caminar que le gustaba. La sonrisa de su rostro había aparecido sólo una vez, cuando ella bromeó y se llevó una mano al vientre, como si quisiera confortar al niño que llevaba dentro.

¿Pero quién la confortaría a ella?, se preguntó Alex.

A medida que avanzaba la noche, su interés no hizo más que crecer. Cuando llevó la jarra de cerveza y cuatro vasos, él se levantó del banco para ayudarla con la bandeja.

-Estoy bien, gracias.

-Nunca he dichos lo contrario, señora.

Ella levantó la vista, y Alex decidió que tenía los ojos más azules que verdes.

-Daisy. Sólo Daisy.

Él asintió con la cabeza y se quedó de pie sujetando la bandeja llena de bebidas y mirando aquellos ojos misteriosos que parecían atraerlo más y más profundamente cada segundo que transcurría.

-Yo soy Alex.

-Bueno, gracias por la ayuda, Alex -respondió ella aspirando con fuerza el aire antes de volver a exhalarlo.

-No hay de qué.

Alex descargó las cervezas, le devolvió la bandeja vacía y se quedó de pie en el pasillo viéndola marcharse.

-Oye, Barone -lo llamó su amigo Nick.

-¿Sí? -respondió él a toda prisa esperando que nadie más hubiera oído su apellido.

-¿Vas a sentarte a tomar la cerveza o quieres ir a la cocina para ayudarla también allí? -preguntó Nick soltando una carcajada.

Avergonzado porque lo hubieran sorprendido fantaseando con una mujer embarazada, Alex compuso una mueca y volvió a sentarse. Agarró su jarra y le dio un sorbo a su cerveza helada con la esperanza de que le enfriara el fuego interior.

Pero no podía evitar seguir mirándola. Seguro que estaba cansada. Y sin embargo, no parecía que fuera a quedarse sin energía. Era más fuerte de lo que su frágil anatomía indicaba. Levantaba bandejas pesadas con facilidad y tenía un paso tan presuroso que Alex estaba seguro de que, si hubiera caminado todo ese tiempo en línea recta, ya habría llegado a Cleveland.

-Vamos, Barone -murmuró Nick inclinándose hacia delante-. Contrólate. Boston está lleno de mujeres guapas. ¿Por qué tienes que quedarte embobado con una que está claramente pillada?

-¿Quién está embobado? -protestó Alex, recordando que ella no estaba pillada.

Al menos no por un hombre que la quisiera lo suficiente como para casarse con ella.

Alex observó a los hombres que estaban en la mesa. Hombres a los que conocía desde hacía años. Eran como él, pilotos de la marina, hombres con los que se había entrenado, con los que había estudiado y volado. Había entre ellos un lazo que era comparable al familiar.

Y sin embargo, en aquellos momentos, le hubiera gustado mandarlos a todos a la Antártida.

Cuando la camarera dejó la cuenta en el extremo de la mesa, Alex la agarró rápidamente y las yemas de sus dedos rozaron los suyos. Ella se echó hacia atrás a toda prisa, como si hubiera sentido la misma descarga eléctrica que él. Aquello era muy extraño. Estaba embarazada, por el amor de Dios. Muy embarazada.

-¿Estáis embarcados, chicos? -preguntó Daisy tratando de mantener la mirada apartada del hombre que estaba sentado en el extremo de la mesa.

Sus amigos parecían de trato fácil. Eran simpáticos, encantadores y aduladores, como la mayoría de los marinos a los que había servido en Antonio's. Y ella los había tratado como hacía con todos sus clientes: con cordialidad educada y nada más.

Desde el día en que Jeff se marchó por la puerta, dejando atrás no sólo a ella sino también a su hijo aún no nacido, Daisy no había vuelto a mirar a ningún hombre. Hasta aquella noche. El tal Alex, con

aquel pelo de ébano, los ojos oscuros y los pómulos pronunciados, era diferente. Daisy lo supo desde el momento en que él la miró. Y aquella sensación no había hecho más que aumentar durante la última hora y media.

Había sentido su mirada clavada en ella durante la mayor parte de la noche, y no quería ni pensar en las sensaciones que aquellos ojos oscuros y penetrantes habían engendrado en su interior.

Las hormonas.

Aquella tenía que ser la razón.

Tenía las hormonas completamente disparadas a causa del bebé.

-No -respondió Alex mirándola fijamente-. De hecho, estamos de permiso.

-¿Sois de Boston? -preguntó ella.

Se dijo a sí misma que sólo estaba tratando de ser educada, como lo sería con cualquier otro cliente, pero ni ella misma se lo creía.

Había algo en aquel hombre que...

-Yo crecí aquí -le estaba diciendo él.

Otro de los hombres dijo algo, pero su voz era como un murmullo en los oídos de Daisy. Lo único que podía escuchar, lo único que veía, era a aquel hombre observándola a través de los ojos más oscuros y más cálidos que había visto en su vida.

-¿Tienes familia aquí?

-Sí, vengo de una gran familia -respondió_ él mientras una sonrisa lenta se le dibujaba en las comisuras de los labios-. Soy el quinto de ocho hermanos.

-Ocho -susurró Daisy dejando caer la mano sobre el vientre-. Eso está muy bien.

-No lo estaba cuando yo era niño -reconoció Alex-. Había demasiada gente peleándose por el mando de la televisión y las galletas.

Daisy sonrió al dibujar mentalmente la escena de una casa llena de niños riendo felices. Y luego, con tristeza, la borró. Aquello era algo que ella no había conocido, y ahora también su hijo crecería solo.

Pero no. No estaría solo. Su hijo siempre la tendría a ella.

Los amigos de Alex se levantaron y se dirigieron hacia la puerta del restaurante. El los vio marchar, asintió con la cabeza y sacó unos cuantos billetes de la cartera.

-Quédate con el cambio -le dijo tras tenderle la cuenta y el dinero.

-Gracias. Yo...

Se iba a, marchar. Era lo mejor, pensó Daisy, y sin embargo se sentía extrañamente reacia a dejarlo partir.

-¿Qué estás haciendo en mi restaurante?

Daisy se dio la vuelta para observar con asombro cómo Salvatore Conti, su jefe, salía como una exhalación de la cocina ondeando un trapo de cocina como si fuera un torero enloquecido citando al toro.

Capítulo 2

-Maldita sea.

Alex se puso rígido y se preparó para una pelea, Le hubiera gustado salir de Antonio's sin incidentes, pero parecía que Sal tenía otros planes.

El hombre avanzó hacia él sin dejar de gritar, indiferente a la fascinación curiosa que había despertado en los clientes y en sus empleados. Sal Conti tenía sesenta y dos años, pero le sobraba energía. Sus ojos marrones desprendían chispas, y tenía las mejillas rojas de furia.

-¿Qué estás haciendo aquí? -lo increpó Sal-. ¿Espiar? ¿A eso es a lo que han llegado los Barone?

De acuerdo. Muy bien. Alex no quería montar una escena, pero que lo asparan si iba a quedarse allí parado mientras insultaban a su familia.

-¿Espiar? -repitió sin moverse del sitio-. ¿Sois todos los Conti igual de paranoicos o se trata sólo de ti?

-¿Paranoico? -exclamó Sal agitando furiosamente el trapo-. ¿Y tú te atreves a hablar de paranoia, después de lo que tu familia le ha hecho a la mía?

-¿Nosotros? Sabes perfectamente que los Conti estabais detrás del desastre del helado.

-Eso es ridículo -aseguró Sal.

-Y ya que estamos en ello -añadió Alex clavando os ojos en la mirada entornada del otro hombre-, sigo pensando que tu familia es además responsable del incendio.

-Eso es una calumnia -respondió Sal mirando a los clientes que estaban alrededor-. Todos lo habéis oído. Eso es una calumnia. La policía exoneró a los Conti de toda culpa. Es una sucia mentira que los Barone van pregonando para dañar nuestra imagen.

-Lo creas o no, no nos dedicamos a pensar en vosotros -aseguró Alex con una risa cínica-. Además, ya hacéis vosotros mismos un buen trabajo manchando vuestra imagen.

-Los Conti no hemos hecho nada -repitió Sal agitando el trapo hacia el cielo estrellado que se ocultaba tras el techo-. Está escrito en las estrellas. Estáis malditos.

Malditos. Mala fortuna. Todo aquel asunto de la maldición italiana llevaba años rondando a las dos familias, y Alex ya estaba cansado del tema.

-La mala fortuna no existe -dijo.

-Sal... -susurró Daisy acercándose a su jefe y agarrándolo del

brazo.

-Mantente alejada de esto, Daisy -murmuró Alex tomándola a su vez del brazo para colocarla a su lado.

-Déjala en paz -exclamó el hombre con rabia cuando se dio cuenta de su movimiento-. Es una buena chica y no necesita ningún Barone en su vida.

-Estás loco, ¿lo sabías? -contraatacó Alex.

Aunque, qué demonios, lo mismo se podía decir de él. Allí estaba, manteniendo una disputa con un hombre que le doblaba la edad. Alex se pasó la mano por la cara y trató de tragarse lo que le quedaba de rabia en su interior.

Qué demonios, aquella era una de las razones por las que se había decidido por la carrera militar. En la marina a nadie le importaba quién era su familia. A nadie le impresionaba que hubiera sido criado con tanta riqueza. Había entrado en la academia nada más terminar la universidad con un único pensamiento en mente: salir de Boston y de la disputa sin fin entre los Barone y los Conti. Llevaba años vigente, y no tenía atisbos de terminar. De hecho, los problemas entre las dos familias parecían haberse recrudecido en los últimos tiempos. Tras el incendio y la debacle del nuevo sabor de helado, los Barone estaban en alerta roja y buscaban a los Conti hasta debajo de las piedras.

Alex estaba cansado de tanta rabia. Pero era un Barone y le debía lealtad a su familia aunque pensara que los adultos de ambos bandos fueran idiotas.

Pero ahora tenía que pensar en el modo de salir de allí lo más rápidamente posible. Le echó una mirada rápida al restaurante. Tenía clavadas sobre sí las miradas de muchos curiosos, pero sus amigos no estaban a la vista. Ya habían salido cuando Sal Conti perdió los nervios. Alex miró a Daisy, observó su confusión y deseó poder explicarle lo que ocurría. Pero, ¿quién lo iba a creer?

A aquellas alturas de siglo, ¿quién esperaría que dos familias inteligentes y respetables estuvieran implicadas en una vendetta?

-Lárgate ahora mismo de mi restaurante -le ordenó Sal con furia.

-Eso iba a hacer.

-Y no hace falta que pagues tu comida. No necesitamos el dinero de los Barone.

-Y yo no pienso aceptar nada de los Conti -respondió Alex.

-Por el amor de Dios -murmuró Daisy colocándose entre los dos hombres.

Pero Sal la apartó suavemente. Era imposible trabajar en Antonia y no conocer el temperamento volcánico del jefe. Pero Daisy también

sabía que aquel hombre no tenía nada de violento en su interior, y que su rabia se disipaba tan rápidamente como aparecía.

Sin embargo, en aquel caso estaba completamente convencida de que ambos hombres estaban locos. Estar de pie en medio de un restaurante agradable gritándose cosas sobre la mala fortuna y las maldiciones era una locura, se mirara por donde se mirara.

-Ve a sentarte, Daisy -ordenó Sal con aire distraído-. Descansa un rato.

Ella gimió, cerró un instante los ojos y susurró:

-Creo que ya es un poco tarde para eso.

Transcurrieron unos segundos antes de que los dos hombres se giraran para mirarla. En cualquier otro momento, Daisy habría considerado graciosas sus expresiones de terror. Pero en aquel instante tenía otras cosas en que pensar.

Sintió cómo la contracción se abría paso en medio de su espalda y le retorcía la espina dorsal. Cada rincón de su cuerpo se despertó con un dolor insoportable que parecía aumentar a cada segundo que pasaba. Aquello no se parecía en absoluto a las molestas punzadas que había experimentado hasta entonces.

Aquél parecía ser el dolor de parto del que hablaban los libros.

-Creo que debería irme a casa. Llamad a la matrona -susurró.

-Oh, Dios mío -exclamó Sal agarrándola de la mano izquierda al mismo tiempo que Alex lo hacía de la derecha-. No pasa nada, cariño, ¡Tony! -gritó girando la cabeza hacia la cocina-. ¡Llama a una ambulancia! ¡Llama al hospital! ¡Llama a alguien!

Daisy se las arregló para componer una mueca al escuchar el pánico en la voz de Sal, pero cuando terminó la contracción y fue seguida de inmediato por otra aún más fuerte, la risa se le convirtió en un desesperado gemido de dolor.

-Yo la llevaré al hospital -aseguró Alex.

-No, no lo harás -respondió Sal atrayendo a Daisy hacia sí-. No necesitamos ayuda de los Barone.

-No te estoy ayudando a ti -señaló Alex tirando suavemente de ella-. La estoy ayudando a ella.

-¿Qué es esto? -preguntó Daisy zafándose de ambos-. ¿Un tira y afloja?

-¡Eh, jefe! -gritó Tony desde la cocina-. ¡La ambulancia llegará en quince minutos!

-¡Anúlala! -exclamó Alex mirando a Daisy-. Te llevaré al hospital. Déjame ayudarte. Confía en mí.

Ella observó aquellos ojos color chocolate y leyó en ellos la determinación unida a un deseo inconfundible de ayudar. Y en

aquellos momentos, Daisy necesitaba toda la ayuda que le pudieran brindar. Además, esperar quince minutos a la ambulancia le parecía una eternidad.

-De acuerdo -susurró llevándose la mano al vientre-. De acuerdo, muy bien. Vayámonos.

-Daisy, yo creo que...

-Está bien, Sal -dijo dedicándole una sonrisa a aquel hombre que tan amable había sido con ella-. No quiero esperar a la ambulancia y... ¡Ohh!

Daisy se inclinó hacia delante acunando a su bebé aún no nacido mientras se mordía el labio inferior para contener el gemido que le nacía en la garganta.

-Eso es -murmuró Alex tomándola en brazos-. Salgamos de aquí.

Los camareros, los clientes y el personal de la cocina les desearon buena suerte mientras Alex se dirigía a la puerta de entrada. Las recepcionistas se ocuparon de abrirle la puerta, estirando la mano para darle a Daisy una palmada suave en el brazo mientras salían.

Una vez en la calle, Alex se detuvo con Daisy en los brazos y miró hacia donde sus amigos deberían estar esperándolo con su coche de alquiler.

Pero había un problema.

El coche no estaba allí. Y tampoco sus amigos. -Maldita sea...

-¿Qué pasa? -preguntó Daisy levantando la cabeza.

-Creo que mis amigos se han marchado.

-¿Te han dejado aquí?

Alex compuso una mueca y la cargó con más fuerza. Era increíble lo poco que pesaba incluso estando embarazada. Era tan frágil y tan delicada... Pero por muy delgada que estuviera, sería toda una caminata hasta el hospital. Malditos fueran sus amigos.

-Eso parece -respondió Alex finalmente contestando a su pregunta-. A veces lo hacemos: vamos a algún lado y dejamos a uno de nosotros para que se las arregle por su cuenta para regresar a la base.

-¿Por qué?

-Es una broma -respondió él encogiéndose de hombros-. Y hasta ahora siempre me había parecido muy graciosa.

-Estupendo.

Daisy aspiró con fuerza el aire y él notó cómo su cuerpo delicado se ponía tenso. Sintió un escalofrío de terror recorriéndole la espina dorsal. Tenía que conseguir ayuda. Enseguida.

-Taxi. Necesitamos un taxi.

Y por supuesto, como siempre ocurría cuando se necesitaba, no

había ninguno a la vista. Aquella noche de verano el aire estaba en calma y también lo estaban las calles.

En la mente de Alex surgieron horribles pensamientos de regresar al restaurante y pedirle ayuda a Sal, pero entonces cayó en la cuenta de dónde se encontraba exactamente. Si hubiera tenido una mano libre, se habría golpeado con ella la frente.

-No hay problema -dijo mientras empezaba a caminar con paso apresurado-. Estamos salvados.

-¿Dónde vamos? -preguntó Daisy.

El hospital quedaba en el centro, y él estaba yendo justo en dirección contraria.

-A casa de mi hermana -murmuró Alex-. Está sólo a un par de manzanas de aquí. Es enfermera diplomada. Ella sabrá qué hay que hacer.

-¿Estás de broma? -exclamó Daisy hablando a duras penas en medio de un dolor que parecía lo suficientemente fuerte como para partirla por la mitad-. Yo sé lo que hay que hacer. Ir al hospital y parir a este bebé.

-Lo sé, lo sé, pero no hay ningún taxi, y...

-Está la ambulancia.

-Mira -comenzó a decir Alex sin detenerse-, podemos regresar al restaurante y esperar a la ambulancia o podemos andar una manzana más y esperar allí una ambulancia al lado de una enfermera diplomada que puede ayudarte. En mi opinión, eso es mejor que tener a un pinche de cocina o a Sal ayudando a tu hijo a nacer.

-De acuerdo. Eso tiene sentido.

-Confía en mí, ¿de acuerdo? -dijo Alex apretándola suavemente contra sí-. Todo va a salir bien. Yo cuidaré de ti.

-¿Por qué estás haciendo esto? Ni siquiera me conoces.

-¿Tiene eso alguna importancia en este momento? -preguntó mirándola.

-No -respondió Daisy perdiéndose en aquellos ojos oscuros-. No, no tiene importancia.

Cuando la siguiente contracción le atravesó el cuerpo, Daisy se rindió. No estaba en posición de bajarse de sus brazos y correr por la calle tratando de encontrar un taxi, ni aunque quisiera. Pero además no quería. Por alguna extraña razón, se sentía bien teniéndolo cerca. La llevaba como si fuera un objeto precioso, algo extremadamente delicado. Y hacía tanto que no... .

Para ser justos, nunca se había sentido así antes. Nadie la había tratado nunca con tanta delicadeza. Nunca le había importado a nadie de verdad. Ni siquiera al hombre que ella pensaba que la

amaría siempre. El hombre que le había hecho un hijo para después huir y matarse nada más saber que estaba embarazada.

Daisy apartó de su cabeza a Jeff. No le haría ningún bien volver a revivir aquellos momentos. Aquel tiempo pasó, y ante ella estaba a punto de abrirse un nuevo mundo.

Si era que lograba llegar al parto.

Alex se movía a toda prisa. Las farolas de la calle iluminaban la acera con una luz suave de marfil, y una brisa fresca comenzó a soplar como si fuera un regalo de Dios.

-Aguanta un poco, ¿de acuerdo? -susurró Alex-. Ya no queda mucho.

-Eso espero -respondió ella clavándole las uñas en el hombro-. No soy una experta ni nada parecido, pero creo que ya está aquí.

-No, por favor, no digas eso -dijo Alex mirándola un instante antes de abrazarla con más fuerza-. Por favor, no digas eso. Ya estamos llegando. Te lo juro. Aguanta sólo un poco más, ¿de acuerdo?

-Los dolores son cada vez más fuertes y más seguidos.

Daisy levantó ligeramente la cabeza para mirarlo. Bajo la luz de las farolas, le pareció que estaba más pálido. Ojalá se tratara de un efecto óptico, porque no quería ni imaginarse que Alex pudiera estar tan asustado como ella.

Alguien tenía que hacerse cargo de la situación.

-Aspira, respira, aspira, respira... -dijo Alex haciéndole tal demostración que Daisy no tuvo más remedio que soltar una carcajada a pesar del dolor de las contracciones.

-¿Dónde has aprendido eso, piloto?

-Oye, que tengo televisión. Lo he visto en las películas: Los paños, el agua caliente y todo eso.

-Bueno, menos mal -aseguró Daisy con una risa que se transformó en gemido-. Me siento mucho mejor ahora. No sabía que fueras un experto.

-Ya, bueno, es que no me gusta presumir -bromeó él con los ojos clavados en el frente, como si no quisiera que nada lo distrajera de su objetivo-. Ya casi hemos llegado.

Daisy se agarró a sus hombros anchos y escuchó el sonido de su acelerado corazón contra su mejilla. Qué extraño le resultaba aquello. Dos horas atrás no conocía la existencia de aquel hombre y ahora, en la noche más importante de su vida, él era lo único que la separaba de parir a su hijo sola en la calle.

Y aunque debería estar preocupada (después de todo, se trataba de un completo desconocido), no lo estaba. Sentía incluso una extraña sensación de paz al estar entre sus brazos. Como si fuera allí

donde ella pertenecía.

Alex se detuvo frente a un antiguo almacén bien conservado, y Daisy sonrió a pesar del dolor. Le encantaban aquellos edificios antiguos. Tenían mucha personalidad, y encerraban un pedazo de historia en cada ladrillo. Uno de sus

sueños era comprar una casa en ruinas y devolverla a la vida, ayudarla a recuperar su gloria pasada, tal y como alguien había hecho allí.

Alex subió los escalones y llamó al timbre del telefonillo, manteniendo el dedo pulsado con insistencia.

-¡Oye! -gritó una voz femenina al otro lado del aparato-. Un poco de calma, ¿no?

-¿Rita? -preguntó Alex tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía-. Soy yo. Abre la maldita puerta, por favor.

-¿Alex? -preguntó la voz con cierto tono de preocupación-. ¿Estás bien? ¿Ocurre algo?

-¿Quieres hacer el favor de abrir de una vez? -ordenó elevando el tono de voz.

Se escuchó un sonido y la puerta se abrió. Alex entró en el vestíbulo a toda prisa y miró hacia arriba.

Daisy siguió el rumbo de su mirada y clavó la vista en la escalera de madera pulida que se erguía en el centro de aquella construcción de cuatro pisos. En la tercera planta se asomó de pronto la cabeza de una mujer.

-¿Alex, qué demonios...? -comenzó a decir antes de ahogar un gemido al ver a Daisy.

-Rita, ayuda.

-¡Oh, Dios mío! -dijo la joven bajando las escaleras a toda prisa-. Alex, toma el ascensor y sube al apartamento de Gina. Está vacío. Yo iré a buscar a Maria y nos encontraremos allí.

-De acuerdo.

-¿Es muy antiguo este aparato? -preguntó

Daisy cuando él abrió la puerta de hierro del ascensor y entró.

-No te preocupes -respondió Alex apretando el botón de la cuarta planta-. Mi padre se aseguró de que contara con maquinaria de última generación. Él no permitiría que sus niñas viajaran en un ascensor viejo, simplemente le gustaba su aspecto antiguo.

-Me alegra oír eso -aseguró Daisy.

Con aquel dolor que se había convertido en su compañero inseparable, no hubiera sido capaz de subir hasta el cuarto piso andando.

Cuando el ascensor se detuvo y Alex abrió la puerta, lo primero que vio Daisy fue la sonrisa compasiva de su hermana.

-Pobrecita mía, tú no te preocupes de nada, ¿de acuerdo? Estás a salvo.

Daisy pensó que, por muy extraño que pudiera parecer, se sentía a salvo desde el momento en el que vio a Alex en Antonio's.

Capítulo 3

Daisy apenas tuvo tiempo de saludar antes de que las dos hermanas de Alex la colocaran sobre la cama, y casi se alegró, porque no estaba muy segura de poder hablar sin soltar los gemidos que tenía retenidos en la garganta. .

Así que apretó los dientes y permaneció en silencio mientras Alex la dejaba al cuidado de sus hermanas. En cuestión de minutos, las dos jóvenes la ayudaron a ponerse un camisón y la volvieron a tumbar en lo que parecía ser la cama de una tercera hermana, con cabecero y barrotes de hierro. Daisy se incorporó ligeramente sobre los cojines y miró a su alrededor. Había un gran armario de madera de cerezo en una de las paredes de la habitación, y los suelos de madera estaban cubiertos con ricas alfombras persas. Era un dormitorio espacioso y muy bonito. Nada que ver con su pequeño apartamento.

-No me parece bien estar aquí -consiguió decir Daisy mirando alternativamente a las dos hermanas, que estaban colocadas una a cada lado de la cama.

-No te preocupes, Daisy -d jo la mayor de las dos, que se llamaba Rita-. Este es el apartamento de nuestra hermana Gina, pero acaba de casarse y se ha mudado. Considéralo tuyo por esta noche.

-No sé si...

Pero entonces el niño que llevaba dentro hizo un amago de salir, y Daisy se olvidó de la sensación de sentirse allí fuera de lugar. No había nada más importante que el inminente nacimiento. Nada.

-¿Quieres que llame a alguien?_

Daisy volvió a mirar a Rita. Tenía el pelo oscuro y largo recogido en una cola de caballo, y en sus ojos negros se reflejaba la preocupación. Cuando sonrió, Daisy la encontró muy parecida a Alex.
.

-A Sarah -contestó Daisy-. Es mi matrona. Tengo su número en el bolso.

-Lo tengo -dijo Rita-. ¿Alguien más? ¿Tu marido, tu novio...?

-No -respondió Daisy-. No hay nadie más.

-Muy bien -aseguró Rita cruzando un instante la mirada con su hermana-. Llamaré a la matrona.

-Intenta no preocuparte, ¿de acuerdo? Concéntrate sólo en el bebé -dijo Maria colocándole las almohadas mientras Rita salía a toda prisa del dormitorio-. Sé que esto debe ser duro, pero te aseguro que vamos a cuidar de ti. Y recuerda que Rita es enfermera.

-Gracias -murmuró Daisy mientras la última contracción se desvanecía suavemente para dar paso a otra aún más dolorosa.

Maria, una versión más bajita y más joven de su hermana, anduvo

alrededor unos minutos más estirando las sábanas y las mantas una y otra vez y acariciando nerviosamente la mano de Daisy.

-Voy a hacerte un té -dijo tras haber estirado todo lo estirable que había en el dormitorio.

Cuando Maria salió, Daisy pensó que aquello no estaba saliendo en absoluto según lo previsto. Había pensado muchas veces en el nacimiento de su hijo. Iba regularmente al hospital para hacerse revisiones y había quedado incluso con una matrona para que fuera a su apartamento para ayudar a su bebé a nacer. Algunos de sus amigos se habían escandalizado al conocer su intención de dar a luz en casa. Pero una matrona experimentada como Sarah era una opción excelente y mucho más barata que una estancia innecesaria en el hospital, cuestión importante para una mujer soltera sin seguro médico.

Además, Daisy quería que el parto se desarrollara entre objetos familiares, porque había dado por hecho que estaría sola en esos momentos y al menos en su propia casa se sentiría más cómoda y segura.

Y sin embargo, estaba tumbada en la cama de una desconocida, rodeada de extraños que no hacían más que preguntarle si se encontraba bien.

¿Bien? En aquellos momentos, había olvidado incluso el significado de aquella palabra.

Entonces entró Alex en la habitación, deteniéndose un instante en el umbral de la puerta. Se miraron a los ojos, y Daisy se sintió algo mejor al verlo cruzar la estancia en dos zancadas. Era curioso pensar que dos horas atrás no supiera ni que existía, y ahora era el único rostro familiar en un mundo que de pronto se había vuelto muy extraño.

-¿Qué tal estás? -le preguntó inclinándose sobre ella y apartándole el pelo de la cara.

-He estado mejor -aseguró Daisy mordiéndose el labio inferior cuando se sintió azotada por la siguiente oleada de dolor.

Alex la tomó de la mano, estrechándola entre las suyas. El solo hecho de sentir su contacto la ayudaba, y se apoyó en su fuerza cuando las suyas comenzaban ya a flaquearle.

-Apriétame la mano -susurró Daisy apretando los dientes.

La matrona le había dicho que durante el parto tenía que tratar de mantener los músculos lo más relajados posibles, así que ella no podía apretarle.

-No quiero hacerte daño -aseguró Alex presionándole sólo ligeramente.

-No me lo haces. Más fuerte.

Él la apretó con más fuerza y eso contribuyó a distraerla de los espasmos que la estaban atravesando por la mitad. Daisy cerró los ojos y se dobló de dolor, tratando de recordar que cuando todo acabara ya tendría a su hijo. Nunca más volvería a estar sola. Tendría a alguien a quien amar, alguien que también la querría a ella.

-La matrona ha salido para atender otro parto -dijo Rita entrando precipitadamente en el dormitorio-. Le he dejado un mensaje. Alex, por favor, sal. Quiero examinarla.

-No -dijo Daisy sin poder creerse ni ella misma lo que acababa de decir.

Pero no quería pasar por aquello sola. El calor de Alex, su fuerza, llegaban hasta los rincones más fríos y oscuros del interior de su cuerpo, y Daisy no quería ni pensar en perder en aquellos momentos esa sensación.

-Quédate. Por favor, no me sueltes la mano.

Alex se miró en aquellos ojos azul verdoso llenos de dolor y supo que no se iría a ninguna parte. Parecía tan pequeña, tan sola... Y sin embargo se enfrentaba al dolor con una bravura comparable a la de un militar.

No gritaba ni se quejaba. Se limitaba a encogerse sobre sí misma y retorcerse a cada nueva contracción.

Alex bajó la vista y contempló su manita mientras apretaba sus delicados huesos con los dedos, y una parte de él se maravilló ante su fortaleza. Estaba sola, sin nadie que la ayudara a criar aquel bebé, y se enfrentaba a ello con valentía aunque estuviera viviendo el momento más importante de su vida rodeada de desconocidos.

-No pienso marcharme, Rita.

-Está bien -respondió su hermana sonriéndoles a ambos-. Tal vez la matrona llegue a tiempo, pero, hasta entonces, nos las arreglaremos. He ayudado en muchos partos, e incluso he asistido yo sola a un par de ellos en urgencias. Y las madres y los niños se encuentran perfectamente.

Estaba bien saberlo, pensó Daisy mientras otra contracción le partía la espalda por la mitad y ella la cabalgaba como si fuera un potro salvaje en un rodeo imaginario.

Todo su mundo se redujo al dolor y a la mano de Alex. Lo demás no importaba, no existía. Ni siquiera las manos cariñosas de Rita ni sus palabras de aliento. Nueve largos meses habían desembocado en aquel momento preciso.

El cerebro de Daisy se aceleró para tratar de recordar que cada contracción la acercaba un paso más a convertirse en una familia, que

enseguida podría abrazar a su bebé y el dolor no sería más que un recuerdo. Ojalá lo fuera ya.

Pero todavía no podía sentir esa sensación de paz. Lo que necesitaba en aquellos momentos era distraerse. Con cualquier cosa.

-Háblame -consiguió decir entre dientes mirando a Alex a los ojos.

Él acercó una silla a la cama y se sentó sin soltarle la mano ni un instante.

-Claro. ¿De qué quieres que hable?

-De cualquier cosa. -susurró Daisy tragando aire-. Sólo háblame.

-Muy bien.

Alex miró a los pies de la cama, donde Rita estaba colocando toallas limpias y una lamparita para conseguir mejor luz. Maria estaba en la otra habitación, seguramente abriendo un surco en la alfombra de Gina de tanto recorrerla arriba y abajo. Él miró a Daisy, sonrió y comenzó a hablar.

Sus palabras fluyeron hacia ella creando imágenes maravillosas que la sacaron del dormitorio, lejos de la agonía del parto, para llevarla a mundos y lugares que no había visto nunca. Casi podía ver a Alex al mando de un jet de la marina. Podía sentir la trepidante sensación del despegue y la meteórica subida del jet elevándose a los cielos. Sintió la sensación de libertad que Alex experimentaba al volar, y captó la alegría en su voz mientras él le describía en qué consistía ser miembro del cuerpo aéreo de élite de la marina, los Ángeles Azules.

Él le hizo un dibujo con sus palabras, y Daisy pudo ver las increíbles acrobacias que él y su equipo realizaban a miles de kilómetros de la tierra. Podía escuchar las exclamaciones de admiración de la multitud que observaba atentamente las maniobras coreografiadas de los pilotos. Y sintió la tristeza de Alex al contarle que sus días en aquel equipo habían terminado. Pero las historias que le contó y la magia de su voz fueron suficientes para alejar su mente del tormento de su cuerpo, y siempre le estaría agradecida por ello.

-Me asignarán un nuevo destino cuando se me acabe el permiso -continuó diciendo Alex mientras se inclinaba sobre ella para obligarla a concentrarse en sus palabras más que en el dolor-. Todavía no sé dónde me enviarán, pero...

Daisy estuvo a punto de caerse de la cama. Sentía un deseo desesperado de empujar, y se agarró al brazo de Alex con desesperación.

-¡Oh, Dios mío! Algo... algo ha cambiado. Creo... creo que ya está aquí y...

-¡Rita!

Rita, que ya estaba alerta, levantó el extremo de la toalla que cubría las piernas de Daisy, y cuando alzó la vista de nuevo tenía un brillo de determinación en los ojos.

-De acuerdo, cielo. Ya está aquí. El bebé está coronando.

-¡Oh, Dios mío!

Por fin. Su hijo. Tan cerca. Daisy se moría por tenerlo entre los brazos.

-Sea lo que sea -añadió Rita con una sonrisa-, tiene mucho pelo.

La respiración de Daisy se agitó y se le llenaron los ojos de lágrimas. Su bebé. Una personita a punto de llegar al mundo.

Y ella tenía que ayudarlo.

-Tengo que empujar -dijo-. Tengo que empujar ahora.

-No puedes. Todavía no. Limítate a respirar, Daisy -le ordenó Rita-. El bebé hará todo el trabajo si tú te relajas.

-¿Relajarme?

-Ya sé -reconoció Rita con una breve risa-. Es muy fácil decirlo. Pero tienes que intentarlo. Haz respiraciones breves. Puedes hacerlo, Daisy.

-Claro que puedes -aseguró Alex poniéndose en pie e inclinándose sobre ella-. Lo estás haciendo de maravilla. Puedes hacerlo.

Pero ella no quería. Quería empujar. Quería que el milagro terminara ya. Quería dejar de sufrir y que el bebé naciera enseguida. Quería dejar su propio cuerpo atrás y salir corriendo.

Daisy se retorció en la cama, apoyando las plantas de los pies y moviéndose de un lado a otro, presa del dolor.

-Sólo un poco más, Daisy -dijo Rita-. Lo estás haciendo muy bien. Todo está saliendo perfectamente. Sólo un poco más. Sé fuerte, ¿de acuerdo?

Los segundos siguientes parecieron durar una eternidad mientras Daisy luchaba contra los instintos de su cuerpo, tratando de contener aquella vida que quería abrirse paso y salir.

-Tengo que... tengo que...

-Muy bien, aquí llega -dijo Rita antes de pronunciar las palabras más bonitas que Daisy había escuchado en su vida-. Empuja, Daisy. Empuja fuerte.

Así lo hizo, y sintió cómo su cuerpo se hacía más poderoso, como si hubiera abierto las compuertas de una fuerza hasta entonces contenida. Sintió crecer la presión hasta unos niveles increíbles, y entonces volvió a escuchar a Rita.

-Muy bien, ahora espera. El bebé se está dando la vuelta. No empujes, Daisy. Aguanta, aguanta.

Alex estaba en su línea de visión, obligándola a mirarlo a los ojos.

Daisy lo miró fijamente y se preguntó cómo era posible que se hubiera convertido en una parte tan importante de su vida en cuestión de horas. Allí estaba, compartiendo con ella aquel momento, convirtiéndolo también en suyo. Y aunque sabía que todo se debía al hecho de haber coincidido en un momento de emergencia, y que aquella sensación de proximidad no duraría, una parte de ella deseó que no fuera así. Deseó que de algún modo Alex y ella estuvieran conectados por algo más que por la casualidad de haber coincidido en un restaurante.

-Lo estás haciendo de lujo -dijo él con una sonrisa de admiración-. Aguanta un poco más.

-No puedo -contestó Daisy con toda sinceridad.

Se sentía absolutamente agotada. No podía aguantar ni un minuto más. Era muy duro. Demasiado duro. Quería parar ya. Quería cerrar los ojos y dormirse. Quería que todo terminara.

-Claro que puedes -aseguró Alex acercándose hasta que su cara estuvo a escasos milímetros de la de ella-. Daisy, yo creo que tú puedes hacer cualquier cosa.

-Y una de las cosas que puedes hacer -intervino Rita desde los pies de la cama- es empujar. Un par de empujones fuertes traerán a tu hijo al mundo, Daisy.

-Estoy cansada...

-Lo sé -contestó Rita mirando a su hermano-. Siéntate detrás de ella y levántala un poco. Eso ayudará.

Alex cumplió la orden sin hacer preguntas como buen militar que era. Subiéndose a la cama, estrechó a Daisy contra su pecho y miró hacia abajo, hacia los extremos de la toalla que cubrían su feminidad.

-¡Ya está aquí, Daisy! -exclamó Rita como si fuera una animadora-. Vamos, sigue, sigue...

Impresionado, Alex observó en silencio cómo un bebé resbaladizo y enfadado se deslizaba desde el interior del cuerpo de Daisy, aspiraba el aire y soltaba un impresionante grito de rabia. Riéndose, Rita alzó al bebé para que Daisy lo viera y anunció:

-Es una niña, y es preciosa.

-¡Oh, mírala! -gimió la madre antes de derrumbarse sobre Alex.

Él la abrazó y rió con su hermana mientras aquel pequeño y escurridizo trozo de humanidad les hacía saber a todos que pensaba que el mundo era demasiado luminoso, demasiado ruidoso y demasiado frío. Rita se afanó rápidamente en hacerse cargo de las cosas que había que hacer, y luego depositó al bebé sobre una toalla suave. Entonces se lo colocó a su madre entre los brazos y se dispuso a limpiar la habitación mientras Daisy, sin palabras, rodeaba a su hija

con sus brazos.

Dos horas más tarde, la matrona había llegado y se había marchado, y el dormitorio en el que Daisy descansaba con su hija estaba en silencio y en penumbra. Los Barone la habían dejado sola un rato, suponiendo con razón que ella necesitaba un poco de intimidad con su bebé.

Daisy miró a su hija acunada entre sus brazos, y se sintió completamente embargada por el sentimiento de amor más poderoso que había experimentado en su vida. No sospechaba que la experiencia pudiera ser tan intensa, tan impresionante en su crudeza. Se sentía capaz de luchar contra un oso para salvar a aquel bebé, y estaba convencida de que resultaría victoriosa.

El bebé hizo una mueca y balbuceó, y Daisy pensó que todo aquello era un milagro. La niña, la increíble amabilidad de los Barone al llevarla a su casa y tratarla como a una princesa... O mejor aún: como a alguien de la familia. Algo que ella nunca había vivido pero que sabía reconocer cuando lo veía.

Sarah, la matrona, había resuelto eficazmente todo el papeleo tras reconocer exhaustivamente a la madre y a la niña, y había concluido que ambas gozaban de perfecta salud.

Pero eso podía habérselo dicho Daisy. Nunca se había encontrado mejor. Por supuesto que estaba agotada, pero a pesar de todo nunca se hacía sentido tan viva. Notaba todavía la adrenalina corriéndole por las venas y estaba segura de que sería incapaz de dormir ni aunque cerrara los ojos, algo que por otra parte no pensaba hacer. Su único interés era mirar una y otra vez a su niñita. Le había examinado cada dedo de los pies y las manos, admirado la dulce forma de su carita y la curva de su pequeña boca. «Es mía», pensó Daisy sintiendo una punzada de orgullo al sentir que ella había contribuido a crear aquel milagro.

Bajo la suave luz de una lamparita, Daisy resbaló la mirada sobre su bebé dormido. Una suave mata de pelo rubio oscuro le coronaba la cabeza. Tenía los ojos cerrados, y las pestañas le llegaban casi hasta las mejillas, mientras que su boquita de corazón se contraía de vez en cuando en un puchero mientras soñaba.

¿Cómo era posible querer tanto a alguien tan rápidamente? Desde el momento en que Daisy miró por primera vez a su hija supo que haría cualquier cosa por ella. Y la profundidad de aquel sentimiento la conmocionó.

-Bueno, mami -dijo Maria entrando en la habitación y deteniéndose al lado de la cama para acariciar con suavidad la mejilla de la niña-.

¿Cómo estás?

Capítulo 4

-Mami -repitió Daisy por el placer de volver a escuchar aquella palabra que tan bien le sonaba-. Me siento de maravilla.

-Todavía no entiendo cómo lo has hecho -aseguró Maria sacudiendo la cabeza mientras tomaba una silla para sentarse a su lado-. Cuando a mí me llegue el momento, si es que eso ocurre alguna vez, quiero una cama de hospital, un paritorio, un equipo médico y todos los calmantes del mundo.

Daisy se rió, parpadeando cuando algunas partes de su cuerpo se quejaron en respuesta.

-Eso habría estado muy bien -admitió mirando a su bebé-. Pero yo no cambiaría ni un ápice de lo ocurrido. Bueno, exceptuando las molestias que os he causado -añadió sintiéndose algo culpable-. Lo siento de veras. La niña y yo nos marcharemos mañana a primera hora de la mañana.

-No te preocupes por eso -aseguró Maria haciendo un gesto con la mano-. Desde que Gina se casó y se fue, esto ha estado muy vacío, y eso no nos gusta. No tengas prisa en marcharte -aseguró deteniéndose un instante-. Quiero decir, que si te quedas aquí unos días siempre habrá alguien que te pueda echar una mano en cualquier cosa que necesites.

La idea no podía ser más atractiva, pensó Daisy. Le gustaba su pequeño apartamento, por supuesto, pero le resultaba reconfortante pensar en tener alguien cerca sus primeros días de maternidad. Se había leído todos los libros, había ido a clases de preparación al parto y había charlado con todas las madres con las que coincidía en el restaurante. Pero no por ello dejaba de asustarla la idea de hacerse cargo de un ser humano indefenso.

Tener compañía facilitaría su paso de mujer soltera a mamá.

-Tal vez lo haga -respondió, asegurándose a sí misma que su deseo de quedarse no tenía nada que ver con Alex-. Gracias por la oferta.

-No tienes por qué darlas -aseguró Maria con una sonrisa-. Créeme, a Rita le encantará pasar su tiempo libre con el bebé, y a mí también me hace ilusión. Como te decía, es agradable que el apartamento de Gina vuelva a estar ocupado.

Daisy se preguntó qué se sentiría al formar parte de una familia tan grande y tan cariñosa. Tenía la impresión de que los Barone estaban muy unidos, ya que las hermanas compartían casa.

-Tiene que ser estupendo para todas -reflexionó en voz alta-. Vivís juntas pero cada una tiene su propio apartamento.

-Bueno, la mayoría de las veces es divertido. Pero, créeme, tener apartamentos separados era una necesidad -aseguró Maria colocando

los codos sobre las rodillas e inclinándose hacia delante-. Quiero mucho a mis hermanas, pero si no tuviéramos cada una nuestra puerta cerrada... Digamos que somos todas demasiado italianas.

Al instante, Daisy revivió la escena de Antonio's y recordó cómo se habían gritado Sal y Alex. Todos los que trabajaban en el restaurante estaban acostumbrados a su carácter temperamental y a su habilidad para gritarle a todo el mundo excepto a su tía Lucia. A Daisy no le importaban los gritos. Nunca le habían importado. En los hogares de acogida en los que había crecido uno se acostumbraba enseguida a ellos.

Y todo el mundo en Antonio's conocía la rivalidad entre la familia Conti y los Barone.

Pero ella no se había dado cuenta de que Alex era miembro del ejército enemigo hasta que fue demasiado tarde para hacer nada al respecto. Y sinceramente, tampoco creía que hubiera conseguido nada, en cualquier caso. Todavía podía sentir la sensación de estar entre los brazos de Alex, cerca de su pecho, el calor de sus manos sujetando la suya mientras ella estaba dando a luz, su voz suave y tranquilizadora hablándole sin descanso en un intento de ayudarla... No. Ella no habría cambiado nada. Alex Barone era... encantador. Y para la experiencia de Daisy, aquello era una rareza.

Sintió un pellizco en el corazón cuando se permitió a sí misma preguntarse cómo habría sido su vida si el padre de su hija hubiera sido alguien como Alex. Entonces tendría un hogar verdadero, alguien que las quisiera a las dos y una familia con la que celebrar los cumpleaños. Pero, en vez de aquello, estaban las dos solas. Daisy se dijo a sí misma que así estaba bien. Ella y la niña iban a estar estupendamente. Las dos solas. Y aunque ella deseara que las cosas hubieran sido diferentes, o se le ocurriera fantasear con una voz grave y sensual y unos hermosos ojos marrones, su hija nunca lo sabría.

Alex me ha dicho que trabajas en Antonio's.

-Sí -respondió agradecida porque le hubieran interrumpido aquellos pensamientos-. Hace ya algunos años.

-¿Y te gusta?

-La verdad es que sí -confesó Daisy con una sonrisa-. De hecho, es muy divertido, y siempre estoy conociendo gente nueva. Además, las propinas son muy generosas.

-¿Y los Conti?

Daisy dudó. No quería ofender a ninguno de los Barone. Después de todo, aquella noche le habían salvado el cuello. Habían sido amables y generosos, y uno de ellos había ayudado a su hija a nacer

sana y salva mientras otro le sujetaba la mano y calmaba sus temores. Así que decidió hablar con prudencia, tratando de ser leal con la gente que la había contratado y la trataba bien y sin ofender a la familia que la había ayudado cuando más lo necesitaba.

-María -dijo-. No sé mucho sobre esa rivalidad entre vuestras familias, pero lo que sí sé es que los Conti siempre han sido muy buenos conmigo y...

Instantáneamente, Maria se puso en pie y dio un par de pasos antes de girarse para mirar a Daisy.

-Esa rivalidad estúpida... Es ridículo. Estamos en el siglo veintiuno, por el amor de Dios.

-Entonces, ¿tú no estás en contra de los Conti? -preguntó Daisy entre sorprendida y aliviada.

-Se puede decir así -respondió Maria soltando una risa amarga-. Por muchos problemas que me pueda traer.

Parecía tan abatida que de pronto Daisy sintió deseos de ayudarla de alguna manera.

-Si eso te hace sentirte mejor, te diré que tampoco todos los Conti están interesados en la guerra con tu familia.

-¿De verdad? -preguntó Maria clavándole una mirada de ojos esperanzados.

-De verdad -la tranquilizó la otra mujer-. Los más enfadados son Sal y su tía Lucia.

El mero hecho de pensar en aquella anciana que era la matriarca de los Conti fue suficiente para que Daisy sintiera escalofríos. Lucia era una mujer de corazón frío cuyo perpetuo odio hacia el mundo había ido recrudeciéndose, borrando todo atisbo de alma que pudo tener en algún momento. Si por Lucia fuera, habría desaparecido de la faz de la tierra hasta el último de los Barone. Pero no había ninguna razón para decir aquello.

-Por la razón que sea, Sal y Lucia han alimentado uno odio intenso contra los Barone. Nunca hablan de ello cuando nosotros estamos delante, pero cuando empiezan los gritos es difícil no captar algo de información.

-Ya me imagino -dijo Maria con cierta tristeza.

-Pero son sólo ellos dos -señaló Daisy-. Bianca, Steven y su madre no quieren saber nada de esa guerra.

-¿En serio?

-De verdad. Steven odia que Sal se ponga a despotricar de tu familia. Incluso en un par de ocasiones ha intentado defender a los Barone, pero Sal no quiso escucharlo.

Maria dejó escapar el aire que tenía retenido en los pulmones y

una sonrisa lenta comenzó a asomársele a las comisuras de los labios.

-Al menos es algo -afirmó tragando saliva-. Tal vez las cosas puedan cambiar. Tal vez no sea demasiado tarde para... ¡Oh!

-¿Te encuentras bien? -preguntó Daisy al observar que la otra mujer palidecía.

-Tengo el estómago un poco... revuelto -aseguró Maria llevándose una mano al vientre y otra a la boca-. No... no es nada.

-Maria -dijo Rita desde el umbral de la puerta-. Por Dios, la mujer acaba de tener un bebé. ¿Por qué no sales y la dejas dormir un poco?

-Estoy bien -intervino Daisy.

-Por supuesto -dijo Maria casi al mismo tiempo, haciendo un esfuerzo visible para controlar el dolor de estómago-. Duerme un poco, Daisy. Te veré más tarde.

-¿Necesitas algo? -le preguntó Rita con una sonrisa.

Necesitar no, pero sí quería algo. Daisy quería ver a Alex. Quería saber dónde estaba y cuándo iba a volver, si era que volvía. Alguien dijo alguna vez que las amistades que se forjaban en los campo de batalla eran las más fuertes, porque se habían formado en tiempos duros.

¿Y acaso un parto no era un campo de batalla?

Pero no podía explicárselo a sus hermanas. ¿Por qué iba a querer Rita que una madre soltera se relacionara con Alex? Así que Daisy se tragó las preguntas que tenía, y en su lugar respondió:

-No, gracias, no necesito nada. Ya habéis hecho bastante por mí. No sé ni cómo empezar a agradecéroslo.

-Pues no lo intentes -respondió Rita sin dejar de sonreír-. Haber tenido la oportunidad de formar parte de tu pequeño milagro es algo que nunca olvidaré. No veo muchos nacimientos en la unidad coronaria.

-Es un milagro, ¿verdad? -susurró Daisy deslizando la vista hacia su bebé dormido.

-Y que lo digas -aseguró la otra mujer con un suspiro-. Bueno, yo tengo que irme, pero Maria se quedará por aquí hasta que Alex vuelva por si necesitas algo.

-¿Se ha marchado? -preguntó sin poder contenerse.

Trató de formular la pregunta de la manera más natural posible, pero hubo algo en los ojos de Rita que le hizo ver que no lo había conseguido.

-Volverá enseguida.

-Oh -dijo Daisy-. No hace falta que...

-Claro que hace falta -la interrumpió Rita mirando al bebé-. Incluso los milagros necesitan pañales. Ha ido a comprar algunas

cosas para la niña.

Una deliciosa sensación de calidez se entremezcló con una punzada de culpabilidad. Alex no había huido colina abajo. Había salido para hacerle a ella otro favor.

-Así que ¿por qué no echas una cabezadita mientras el bebé duerme?

-Eso es lo que voy a hacer -aseguró Daisy sin dejar de sonreír incluso cuando Rita salió del dormitorio.

Acurrucándose entre las sábanas, atrajo más hacia sí a su hija y la besó dulcemente en la frente. La lamparita que había al fondo de la habitación desprendía una pálida luz amarilla. Al otro lado de la ventana, el amanecer comenzaba a iluminar el cielo con sombras rosas y doradas. A Daisy le dolía todo el cuerpo, pero tenía el corazón jubiloso. La adrenalina que le corría por las venas había descendido y el cansancio se apoderó de ella en cuanto cerró los ojos. Aspiró con fuerza el aire para relajarse, acallando el devenir incesante de su mente hasta que sólo quedaron en su cerebro imágenes de Alex y su sonrisa.

Para cuando Alex llegó al apartamento cargado de bolsas con las cosas indispensables de las que ningún bebé debería carecer, Rita había bajado ya y Maria estaba dormida en el sofá. Dejó las bolsas en la cocina, despertó a su hermana y la mandó de regreso a su apartamento. Luego entró en el antiguo dormitorio de Gina.

La suave luz de la mañana se filtraba a través de la ventana del fondo, proyectándose sobre la mujer que estaba dormida en la cama. Su larga cabellera descansaba sobre la almohada, enmarcando su rostro como si fuera un halo castaño sobre el que la luz del amanecer despertaba reflejos de bronce que brillaban como oro antiguo. Tenía los ojos cerrados, pero incluso en sueños sonreía y mantenía a su hija abrazada.

Observó el subir y bajar de sus pechos y se tranquilizó al comprobar que ella y el bebé estaban bien. No había razón para preocuparse. Y sin embargo, Alex sentía una sombra de preocupación cernida sobre él. Daisy estaba bien en aquel momento, pero ¿qué pasaría después? ¿Qué ocurriría cuando regresara a su casa sola con el bebé?

Alex no pudo evitar torcer el gesto al pensar en ello. ¿Qué clase de hombre era capaz de

abandonar a una mujer así?, se preguntó. ¿Qué especie de ser humano podía darle la espalda su propio hijo?

¿Y por qué a Alex le importaba tanto?

Se metió las manos en los bolsillos y se apoyó contra el quicio de la puerta con los tobillos cruzados sin dejar de mirar a Daisy. ¿Por qué le importaba tanto? ¿Qué tenía aquella mujer para haberle llegado al alma en tan corto espacio de tiempo? ¿Se trataría tal vez del complejo de caballero andante que acudía en rescate de damas en apuros? ¿No estaría quizá exagerando lo que realmente sentía?

No.

No exageraba.

El no era el tipo de hombre con complejo de héroe. No iba por la vida buscando gente a la que salvar. Sencillamente, había ocurrido.

Y no estaba muy seguro de qué hacer al respecto.

Alex dio un paso adelante y comenzó a caminar en silencio por la habitación. Madre e hija dormían plácidamente, ajenas por completo a su presencia. Era mejor así. Tenía un par de cosas en las que pensar, y si Daisy abría los ojos y lo miraba, su cerebro se negaría a cooperar.

Alex tomó asiento al lado de la cama, se inclinó sobre ellas y estiró el brazo para apartarle a Daisy el cabello de la cara con delicadeza. Ella suspiró dormida y giró el rostro hacia sus dedos. Sonriendo, Alex le acarició suavemente la mejilla, maravillándose ante la suavidad de su piel y la descarga eléctrica que sintió subirle por el brazo.

Nunca había reaccionado de modo semejante con ninguna otra mujer. Y se preguntó qué clase de hombre era al tener aquellos sentimientos hacia una mujer que acababa de dar a luz.

Pero mientras la observaba dormir, Alex se dijo que por el momento no iba a plantearse nada. Se limitaría a disfrutar de estar allí en compañía de Daisy, guardando su sueño entre las sombras.

Capítulo 5

La niña la despertó.

Daisy estaba soñando con un gatito que gemía suavemente, reclamando atención. Pero cuando abrió los ojos se dio cuenta de que no había ningún gatito, sino su propia hija, totalmente despierta y al parecer hambrienta..

-Acaba de despertarse.

Aquella voz profunda era inconfundible. Igual que el escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Daisy apartó la vista de la carita enfurruñada de su hija para mirar al hombre que estaba sentado en una silla al lado de la cama, y sintió cómo el estómago le daba un vuelco.

Se sintió como una idiota. Allí estaba, una madre primeriza, una madre soltera, en buena medida porque se había dejado guiar por el corazón en vez de por la cabeza. Había confundido el interés de un hombre hacia ella con el amor, y ahora estaba... bueno, allí estaba. Pero no estaba dispuesta a cometer de nuevo el mismo error. No podría soportarlo. Ahora no era sólo su propia felicidad lo que estaba en juego. Había un bebé en el que pensar.

Su hija.

Su familia.

Con aquel pensamiento firme en la cabeza, Daisy cruzó la mirada con aquellos ojos oscuros como el chocolate y resistió la tentación de hundirse en la calidez que le ofrecían.

-No puedo creerme que haya seguido durmiendo cuando ella ya se había despertado -aseguró mirando de nuevo a su hija-. ¿Qué clase de madre soy?

-Una madre cansada -respondió Alex inclinándose hacia delante y colocando los codos sobre las rodillas.

Llevaba puesta una camisa dorada que hacía parecer su piel morena aún más bronceada. Tenía el cuello abierto, mostrando un trozo de piel en forma de uve moreno como su rostro. Era tan ancho de hombros que daba la impresión de que la camisa le iba a estallar, y Daisy no quería ni pensar en lo largas que parecían sus piernas bajo los pantalones vaqueros.

Alex le sonrió, y ella percibió un destello de calor que hizo flaquear su resolución de guardar las distancias. Desde luego, Alex Barone era un hombre potente.

-Creo que ella se las habría arreglado para llamar tu atención en cuestión de segundos.

-¿No es algo increíble? -susurró Daisy deslizando suavemente un dedo por la mejilla de su bebé.

-Es preciosa, desde luego -reconoció Alex mirándola con intensidad-. Pero estaba pensando ahora mismo que la increíble eres tú, Daisy... ni siquiera sé cómo te apellidas.

-Cusak -respondió ella-. Lo cierto es que no hubo tiempo para las presentaciones, ¿verdad?

-Las cosas estaban un poco tensas.

-Es una manera sutil de decirlo -aseguró Daisy con una carcajada.

Alex asintió con la cabeza, pero no apartó la vista de ella. Parecía incapaz de dejar de mirarla. Y mientras pensaba en ello, se preguntó qué demonios se suponía que tenía que hacer. Aquello no era precisamente una situación romántica. Tal vez lo mejor sería dirigir la mente hacia otra dirección.

La niña gimió de nuevo y apretó los puñitos. Alex consiguió apartar la vista de Daisy y posarla sobre aquella cosa tan pequeña y tan indefensa. No pudo evitar sonreír. Lo invadió un sentimiento tierno y cálido y se permitió disfrutarlo durante un instante.

-¿Tienes ya pensado un nombre?

-He estado pensando en ello -respondió Daisy girándose un poco para ponerse más cómoda.

-Déjame que la sujete -se ofreció él levantándose rápidamente.

Alex tomó a la niña en sus brazos con pericia, acunándola en su brazo izquierdo. Por regla general, los hombres italianos se sentían cómodos con un bebé en brazos. Era como una segunda naturaleza. Y la niña pareció notar su seguridad, porque se acomodó al instante, como si hubiera estado esperando a Alex.

-Vaya -susurró él-. Eres toda una rompecorazones, ¿eh?

-Le gustas -dijo Daisy mirando a su hija mientras se incorporaba sobre las almohadas.

El camisón rosa que Rita le había dejado la noche anterior le quedaba un poco grande, y le dejaba a la altura del escote demasiada piel visible para la sensibilidad de Alex. Se le había resbalado del hombro uno de los tirantes, lo que unido a sus rizos constituía una combinación imposible de inocencia sensual. Era suficiente para dejarlo sin respiración. Y aquella sonrisa suave que dibujaban sus labios tampoco ayudaba.

Alex se obligó a sí mismo a desviar la mirada hacia la niña, y supo de inmediato que tampoco así estaba a salvo. Al contemplar los ojitos azules del bebé sintió como un puñetazo de algo imposible de describir con palabras. Parecía como si la niñita estuviera mirando en su interior en busca de una parte de él que nunca nadie había tocado con anterioridad.

Paralizado por aquella sensación, Alex le acarició suavemente uno

de los puñitos, y cuando ella abrió la mano para agarrarle el dedo, sintió cómo aquel contacto se le metía hasta la médula de los huesos.

Aspiró con fuerza el aire y comenzó a soltarlo lentamente, un viejo truco que llevaba años utilizando cuando necesitaba centrarse. No había esperado sentir nada por el bebé. Después de todo, no era hija suya. Y sin embargo, se sentía atrapado por su magia.

Y eso le chocó.

Por supuesto que le gustaban los niños. Siempre le habían gustado, tenía pensado tener en el futuro un hijo o dos. Pero eso fue antes de que su prometida rompiera el compromiso y alejara cualquier pensamiento de formar una familia.

Alex movió la mano, pero la niña no le soltó el dedo. En cierto modo se sentía conectado a aquella recién nacida de un modo distinto: Había sido testigo de su nacimiento, y eso lo cambiaba todo.

-¿Y cómo la vas a llamar? -preguntó tras carraspear sin apartar la vista de la niña.

Cuando Daisy habló lo hizo con una voz suave y tranquila, que parecía tan cálida como los rayos del sol que comenzaban a iluminar el dormitorio.

-Hasta esta noche pensaba ponerle Sarah o Molly. Pero ahora... ahora creo que se llamará Angel.

-Angel -repitió Alex acunándola contra su pecho-. Le va bien.

-Así siempre recordaré esta noche. Y a ti - concluyó tras un instante de panca.

-¿A mí?

Alex tardó un instante en comprender a qué se refería, pero entonces recordó las historias que le había estado contando mientras ella daba a luz. Los recuerdos que había compartido con ella de su etapa con los Ángeles Azules.

-No sé qué hubiera hecho esta noche sin ti, Alex -aseguró mirándolo intensamente con aquellos ojos tan azules.

Sujetando al bebé con cuidado, Alex se sentó en el extremo de la cama.

-Si yo no hubiera estado en el restaurante, Sal habría llamado a una ambulancia. Todo habría salido bien, Daisy.

-Pero no te habría tenido a ti a mi lado durante el parto. Tu voz, tu charla, me ayudaron mucho.

Ella estiró la mano para posarla sobre su antebrazo, y Alex hubiera podido jurar que sintió el calor de su contacto hasta las plantas de los pies.

-Me alegro de haberte servido de ayuda -aseguró con la voz entrecortada por una emoción inesperada.

Estaba tan conmovido que realmente no sabía qué decir. Hasta que se decidió por la verdad.

-No me hubiera perdido esta noche por nada del mundo.

Los dos siguientes días pasaron rápidamente. Daisy y Alex entraron en una rutina que pronto se hizo demasiado cómoda.

Ella sabía que no debería empezar a depender de su compañía, de su ayuda. Pero era incapaz de resistirse. Alex tenía unos ojos en los que era imposible no perderse, y el solo hecho de escuchar el sonido de su voz le aceleraba el latido del corazón hasta límites insospechados.

Pero todo aquello era provisional.

Daisy abrió la ventana del salón de Gina Barone y asomó la cabeza. El verano comenzaba a abrirse paso y pronto llegarían los turistas a Boston. Algunos irían a visitar específicamente la ciudad, y otros sencillamente estarían de paso hacia otro destino.

Como Alex.

Sí, su familia estaba allí, pero él era marino, lo que significaba que nunca se quedaba mucho tiempo en ninguna parte. Daisy posó la mano sobre el frío cristal y deslizó por él los dedos. Debería marcharse en aquel instante, antes de que se le hiciera todavía más duro distanciarse de Alex Barone.

Pero entonces pensó que aquello sería como cerrar la puerta de la cuadra cuando el caballo ya estaba a mitad de camino. Se había acostumbrado a su risa, a su voz, al modo que tenía de mirarla, como si ella fuera la persona más importante del mundo.

Nunca había sentido nada igual, y echaría de menos aquella sensación.

Daisy cerró de nuevo la ventana con cuidado.

Detrás de ella, la puerta del apartamento se abrió y volvió a cerrarse. Sin necesidad de darse la vuelta, supo que Alex había entrado. No necesitaba escuchar el sonido familiar de sus pasos sobre el suelo de madera. Notaba su presencia en cada terminación nerviosa.

Tragó saliva y se giró para verlo. Estaba guapísimo. Aquel día se había puesto el uniforme blanco de la marina, y parecía un anuncio para alistarse. O un actor de televisión. Pero era más que eso. Parecía como si formara parte de manera natural de aquella atmósfera elegante. Y así era, no como ella.

Daisy valoraba los sofás de seda, los jarrones de auténtica porcelana china y otras antigüedades que había en el apartamento,

pero no podía evitar sentirse como un nabo entre tulipanes.

Alex y su familia estaban acostumbrados al lujo.

-¿Tienes hambre? -le preguntó él clavándole la mirada desde el otro extremo del salón-. He ido a comprar comida china después de mi reunión.

-Claro -respondió ella tragando saliva.

Aquello era ridículo. De acuerdo, no tenían nada en común. ¿Yeso qué más daba? No había nada entre ellos, y nunca lo habría. Alex había sido amable con ella, nada más. Y no había ninguna posibilidad de que las cosas fueran a más. Ella era una madre soltera y él era... simplemente soltero. Por no mencionar el hecho de que ambos provenían de mundos muy diferentes. ¿Por qué demonios iba a estar Alex interesado en ella?

No lo estaba. Yeso era muy deprimente.

-No ha sonado muy convincente.

-Lo siento -se disculpó Daisy sonriendo sin ganas.

No tenía ningún sentido darle a Alex pistas sobre los pensamientos tan extraños que se le estaban ocurriendo. Seguro que se trataba de algún síntoma del posparto. ¿Acaso no era cierto que todas las mujeres se sentían algo extrañas después de dar a luz? En cuanto Daisy regresara a su casa y a su vida normal, todo pasaría. Por supuesto, no volvería a ver a Alex, pero eso también sería lo mejor, probablemente.

-Ven -dijo él yendo hacia la cocina-. Te prometo que esto te va a encantar. Lo he comprado en el mejor restaurante chino de Boston.

-Huele de maravilla -aseguró Daisy en un intento de mostrase amigable.

-Mejor sabrá -contestó Alex colocando la bolsa sobre la encimera-. Cuando entré parecía que estuvieras sumida en pensamientos muy profundos.

Daisy se sonrojó, sintiendo cómo el calor le golpeaba las mejillas.

-La verdad es que no -mintió-. Supongo que mi mente estaría divagando.

-¿Hacía alguna dirección en concreto?

Desde luego que sí, pero no podía contárselo.

-Pensaba que...

El cerebro de Daisy se esforzó por encontrar algo que decir.

-¿Qué pensabas? -insistió Alex sacando unas cajas de cartón de la bolsa.

-Que debería regresar pronto a casa.

El se detuvo en seco y la miró fijamente.

-¿Ya? Es demasiado pronto. Quiero decir, que acabas de tener un

bebé y... y no hay ninguna prisa. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

-Lo sé.

Y ése era el problema. Cuanto más tiempo se quedara, más ganas tendría de quedarse. Lo que significaba que la partida se le haría aún más dura.

-Rita y Maria me lo han dicho una y otra vez

Ambas se habían portado de maravilla, pero Daisy no podía evitar preguntarse si se mostrarían tan generosas si supieran que estaba empezando a sentir algo por su hermano.

-Entonces, ¿a qué viene tanta prisa?

Daisy agarró una silla y se sentó. Todavía le tiraba un poco el cuerpo al hacer algunos movimientos.

-No es que quiera salir de aquí corriendo, Alex -se explicó mientras apoyaba los codos sobre la mesa-. Pero éste no es mi sitio. Y tengo una casa.

-Ya lo sé -aseguró él mientras sacaba los cubiertos del cajón y colocaba unos platos-. Pero pensaba que estabas a gusto aquí.

-¡Oh, Alex, no podría estar mejor! Tú te has portado increíblemente bien, y también tus hermanas, pero...

-Mira, Daisy -comenzó a decir Alex mientras abría las cajitas de cartón y comenzaba a volcar su contenido en los platos-, comprendo que tengas ganas de estar en tu propia casa, pero ¿por qué estar sola en estos momentos cuando no hay necesidad?

Aquello era tentador. Muy tentador. Pero ella no podía permitirse depender de él.

-Alex, tú estás de permiso, y si yo me quedo, te sentirás en la obligación de hacerme compañía, y sé que tienes muchas cosas que hacer.

-Negativo -respondió él acercándole un plato de pollo con almendras-. Estar de permiso significa que puedo hacer lo que me dé la real gana. Y lo que yo quiero es estar contigo y con cacahuete.

Una punzada de algo parecido al cariño atravesaba siempre a Daisy cuando Alex utilizaba aquel apodo afectivo con el que se refería a Angel.

-Entonces, ¿qué me contestas? -insistió él sirviéndose un rollito de primavera-. ¿Te quedas un poco más?

No debería.

Si tuviera algo de sentido común, recogería las pocas cosas de Angel y tomaría un taxi de regreso a su apartamento.

Eso sería lo que tendría que hacer. Lo más sensato.

Pero Daisy se había pasado la mayor parte de su vida tratando de

hacer lo más sensato y no le había servido de mucho. Así que por una vez en su vida hizo lo que no debía. Se dejó llevar por el corazón.

-Unos días más -dijo.

Y cuando Alex le sonrió, sintió una punzada de dolor en el corazón y se dijo a sí misma que más le valía irse acostumbrando a aquella sensación.

Capítulo 6

A finales de aquella semana Daisy decidió que no podía seguir prolongando su estancia. Necesitaba volver al mundo real. A su mundo. Por muy difícil que le resultara dejar atrás la comodidad y el calor de aquella casa, tenía que hacerlo.

Rita y Maria se portaron maravillosamente. Se habían hecho amigas muy deprisa, pero las hermanas de Alex comprendieron su necesidad de regresar a su propia casa, de instalarse allí definitivamente con su bebé.

Sin embargo, Alex no pareció entenderlo.

-No lo comprendo -repitió por cuarta vez en la última media hora-. ¿Por qué tienes tanta prisa en marcharte?

-Llevo aquí una semana, Alex -le recordó Daisy mientras tumbaba a la niña sobre la cama para cambiarle el pañal.

-¿Y? -preguntó él colocándose al lado de Angel para acariciarle la cabecita.

--Tengo una vida, y un apartamento, y es hora de que regrese a él.

Llevaba toda la noche repitiendo aquel discurso con tanta convicción que estaba a punto de creérselo ella misma.

-¿Y no puedes hacer tu vida aquí?

Daisy lo miró y sintió un pellizco de algo salvaje y cálido recorriéndole las venas. Lo que constituía otra excelente razón para marcharse. Porque Alex tenía la facultad de conseguir que sus ojos oscuros tuvieran al mismo tiempo un aspecto masculino y tierno.

-Sí, claro que podría vivir aquí -aseguró ella abrochándole el pañal a su hija-. Pero no sería mío.

-De acuerdo -respondió Alex tras una larga y pensativa pausa-. Tú ganas. -Al fin. Gracias.

-Oye, deberías apuntar lo que acabo de decirte. Mi familia puede asegurarte lo raro que es que yo pronuncie esas palabras.

-Te lo agradezco.

-No me gusta perder.

-No has perdido nada -le aseguró Daisy mientras él tomaba con naturalidad a la niña en brazos y la acunaba contra su pecho.

-Por supuesto que sí -respondió Alex mirándola a los ojos.

Daisy sintió algo parecido a un enjambre de abejas levantando el vuelo en el interior de su estómago, pero se dijo a sí misma que no debía tomarse aquello demasiado en serio. Alex sólo estaba tratando de ser amable, y no pretendía decir lo que a las agitadas hormonas de Daisy le hubiera gustado que dijera.

-Bueno -dijo él poniéndose en pie con cierta precipitación sujetando a la niña como si formara parte de él-. ¿Has recogido ya

todo?

-No me ha llevado mucho tiempo -respondió ella con una sonrisa algo triste-. No traje muchas cosas, ¿te acuerdas?

Alex estiró la mano para retirarle el cabello de la cara y dejó que las yemas de los dedos resbalaran por la mejilla de Daisy hasta la barbilla. Ella levantó ligeramente la cabeza y sus miradas se cruzaron.

-De todo -aseguró él con voz suave mientras la miraba fijamente a los ojos.

Cuando Alex salió de la habitación con la niña en brazos, Daisy se dejó caer sobre la cama. Cuando a una mujer se le derretían las rodillas, pensó, lo mejor era sentarse si no quería caerse al suelo.

El edificio en el que estaba su apartamento no era nada del otro mundo. No tenía personalidad, pero estaba limpio. Las paredes del recibidor, pintadas de marrón claro, estaban decoradas únicamente con una fila de buzones. Daisy se detuvo delante del suyo, y Alex se sorprendió al comprobar el poco correo que había almacenado durante toda una semana. Un par de facturas, unas cuantas circulares y nada más. Nada personal. Nada que demostrara que alguien la hubiera echado de menos en alguna parte.

Alex había crecido en una familia lo suficientemente numerosa como para formar un equipo de béisbol, y le resultaba difícil imaginarse lo que sería estar completamente solo. Y no le gustaba pensar que Daisy estuviera sola.

Alex llevaba una maleta que le había dejado Rita para llevar las cosas que Daisy y la niña habían acumulado a lo largo de la semana. Subieron en el ascensor y el aparato comenzó a hacer ruidos extraños. Alex frunció el ceño y apoyó una mano sobre el hombro de Daisy en gesto protector. Aquello sonaba como si el aparato estuviera en las últimas.

Alex se escribió una nota mental para echarle un vistazo con el portero del edificio antes de marcharse.

El ascensor se detuvo en el tercer piso. Las puertas se abrieron muy despacio con un quejido agonizante y subió un tipo de pelo largo, vaqueros rotos y camiseta sucia. El tipo posó sobre Daisy una mirada lasciva, y Alex estuvo a punto de pegarle un puñetazo. Pero ella no le prestó atención. Estaba tan ocupada mirando a su hija que no se hubiera dado cuenta ni de si un asaltante hubiera entrado en el ascensor.

Lo que preocupaba aún más a Alex.

¿Cómo iba a estar a salvo si no prestaba atención a lo que ocurría a su alrededor? Y si no estaba en casa de sus hermanas, ¿cómo iba él a cuidarla? El hecho de que aquello no fuera asunto suyo parecía carecer de importancia para él.

Al llegar a la cuarta planta, el hombre se bajó del ascensor no sin antes dirigirle a Daisy una última mirada, pero tampoco esta vez ella pareció darse cuenta.

Sencillamente, no era consciente de su atractivo. Aquellos ojos azul verdosos, aquel cabello suave castaño y ese aspecto frágil bajo el que se ocultaba su fortaleza provocaban sensaciones en los hombres.

En Alex despertaba el deseo de ir en busca de un dragón y luchar contra él para defenderla, y cosas por el estilo.

Daisy le había llegado a una fibra que él llevaba años ocultando, desde que su prometida había roto su compromiso el día de San Valentín, dos años atrás. Por aquel entonces, Alex pensaba que lo tenía todo: una mujer preciosa a la que amaba, una carrera importante y un futuro sin obstáculos a excepción de los que él mismo se planteara.

Pero entonces, la maldición de los Barone había asomado su fea cabeza.

O al menos eso era lo que habían dicho sus padres, que le habían echado la culpa a la maldición de la ruptura. Alex estaba demasiado cegado por aquella mujer que era capaz de pasar del rojo apasionado al frío más helador en cuestión de segundos. Todavía no estaba muy seguro de por qué Megan lo había abandonado, pero ya no la echaba de menos. Cuando se recobró del dolor, prometió mantenerse apartado de cualquier mujer que buscara algo estable. No estaba dispuesto a arriesgarse a que lo trataran de nuevo como a una basura.

Pero eso no significaba que se hubiera convertido en un monje ni nada parecido. Alex se relacionaba con muchas mujeres, mujeres que, igual que él, tampoco estaban interesadas en un fueron felices y comieron perdices. Compartía con ellas unas risas, algo de sexo, y luego se despedían sin mayores problemas.

Hasta que apareció Daisy Cusak y le arrancó de cuajo cualquier pensamiento lógico que pudiera albergar en la cabeza.

Y ahora estaba acercándose demasiado a una mujer que cumplía absolutamente todos los requisitos de la estabilidad.

El ascensor se detuvo en el quinto piso y las puertas se abrieron hacia un pasillo exactamente igual que el resto de los pasillos del edificio, con las paredes pintadas de marrón claro y la moqueta en tono gris apagado. Pero una vez más, Daisy no pareció prestar atención a otra cosa que no fuera el bebé que llevaba en brazos. Se

bajó del ascensor y caminó por el pasillo con Alex detrás. Cada puerta que pasaban era exactamente igual que la de al lado.

Marrón claro.

Ella se detuvo en la cuarta puerta de la izquierda, y Alex no pudo evitar sonreír. Por supuesto, la puerta de Daisy tenía que ser la nota distintiva en aquel lugar tan uniforme.

Estaba pintada de un amarillo brillante, y la aldaba de metal tenía forma de gatito dormido. En el umbral había un felpudo que daba la bienvenida a la casa.

-Me gusta tu puerta -Dijo Alex simplemente, aunque en realidad quería decir mucho más.

Le gustaba su actitud. Una madre soltera que no tenía miedo a estar sola, dispuesta a retomar su vida, que vivía en un mundo marrón y que, en lugar de resignarse a ello, había decidido revelarse eligiendo un color brillante. Alex admiraba a las personas que se enfrentaban al mundo y luchaban por buscar su sitio.

-Me gustan los colores brillantes -respondió Daisy con una sonrisa mientras buscaba la llave en el bolso.

Al entrar, sintió una mezcla de placer y ansiedad. Hasta aquel momento no había sido consciente de cuánto echaba de menos su pequeño apartamento. Todos sus objetos familiares parecían abrir los brazos para recibirla, y Daisy sonrió por estar de regreso en un lugar que formaba parte de ella.

Pero también le creaba cierta ansiedad estar allí con Alex. Su casa era muy distinta a lo que él estaba acostumbrado. Y la preocupó darse cuenta de cuánto deseaba que a él le gustara. Había puesto tanto de sí misma en la decoración del pequeño apartamento que si Alex se sentía incómodo allí, o pero aún, no le gustaba, para ella sería como si la estuviera rechazando a ella también.

Pero no tuvo por qué preocuparse.

-Esto es precioso -murmuró él mientras entraba.

Daisy siguió la mirada de Alex, observando sus cosas como si las viera por primera vez. Notó las alfombras de colores cubriendo el gris apagado de la moqueta, y la abundancia de plantas que parecían formar un jardín tropical. También se fijó en los muebles abarrotados de cosas y trató de no compararlos con las maravillosas piezas de seda que había dejado atrás en casa de Gina. Los apartamentos de las Barone eran muy bonitos, pero aquella era su casa, el nido que Daisy había construido para ella y su hija, y estaba muy orgullosa de lo que había conseguido: las cálidas colchas que había tejido ella misma, las fundas de los cojines que había cosido, el tono amarillo pálido con el que había pintado los muebles de la cocina... todo lo que había allí

era suyo. Y para alguien que había crecido sin nada que pudiera llamar propio, aquello significaba mucho.

-Me gusta -aseguró Alex sonriendo con una mirada de aprobación en los ojos-. Tiene mucha personalidad.

-Gracias -respondió ella sin poder evitar una cierta sensación de orgullo-. Voy a dejar a Angel en la cuna.

Daisy cruzó delante de él para dirigirse al pequeño pasillo que llevaba al cuarto de baño, su dormitorio y la habitación de la niña. El cuarto de Angel era el más pequeño, pero también allí Daisy había dejado la impronta de su originalidad.

Las paredes eran azul clarito y estaban decoradas con nubes color crema pintadas con esponjas. La cuna era de segunda mano, se la había dejado una compañera, pero Daisy la había pintado de blanco y le había hecho las sábanas y la colcha a juego con una tela en tonos azules y amarillos. Al fondo de la habitación descansaba una mecedora de madera blanca decapada.

-Todo esto lo has hecho tú, ¿verdad? Se te da muy bien.

-Gracias -respondió Daisy mientras dejaba a la niña en la cuna.

Apoyado en el quicio de la puerta, Alex le dedicó una mirada desde la cabeza hasta la punta de los pies y luego otra vez hacia arriba. Daisy tuvo la sensación de que la estaba acariciando con los ojos. Le ardía la piel, y se le había acelerado la respiración como respuesta al fuego de su mirada. Y de pronto, la habitación de Angel le pareció demasiado pequeña. Demasiado íntima. Aunque teniendo en cuenta cómo se sentía cada vez que estaba cerca de Alex, incluso un parque público le habría parecido demasiado íntimo.

-Gracias por traerme a casa -dijo tragando saliva.

Haciendo un esfuerzo, Daisy pasó delante de él y salió de la habitación arreglándoselas como pudo para no estremecerse cuando rozó sin querer el pecho de Alex con el brazo.

Él la siguió de vuelta al salón, y Daisy se quedó allí de pie, esperando obviamente a que él se marchara. Alex se dio cuenta y se dirigió hacia la puerta, sintiéndose extrañamente reacio a irse. Sabía que tenía que hacerlo, pero no le apetecía lo más mínimo.

-Escucha... -dijo deteniéndose tan bruscamente que ella se chocó contra él.

Alex se giró de prisa, la sujetó por los hombros para estabilizarla y trató de ignorar la ola de calor que sintió fluir de sus manos hacia ella y otra vez de vuelta. No se podía negar que estaban conectados por una energía muy poderosa.

-¿Y si traigo algo de cenar?

Alex, no tienes por qué hacer esto.

-Ya lo sé. Pero quiero hacerlo.

-No sé, yo...

-Tienes que cenar, ¿no?

-Sí.

-Muy bien, yo también -aseguró él apretándole ligeramente los hombros-. Y odio comer solo.

-No tienes por qué hacerlo -respondió Daisy con una sonrisa sacudiendo la cabeza-. Tienes una familia numerosa y probablemente muchos amigos que estarán preguntándose dónde has estado metido toda la semana pasada.

-Pero tú eres más guapa que ellos -aseguró Alex con una mueca-. Y sinceramente, prefiero mirarte a ti al otro lado de la mesa.

Daisy se lo pensó. Él casi podía observar el movimiento de sus neuronas en el interior de su cabeza, y quiso decirle que dejara de pensar. Que se limitara a sentir. Sabía de sobra que ella experimentaba las mismas sensaciones que él cuando estaban juntos. ¿Acaso no valía la pena explorar un poco más allá?

¿Qué tenían que perder?

-Vamos -la apuró él-. Qué me dices?

Ella comenzó a negar con la cabeza, pero Alex volvió a hablar para impedírselo.

-Te haré una proposición que no podrás rechazar.

-Ahora has hablado como en una película de gángsteres -aseguró Daisy soltando una carcajada.

-Te prometo que no habrá armas. Sólo la mejor pasta que hayas probado en tu vida.

-¿De qué restaurante se trata?

-Estás de broma, ¿no? -respondió Alex llevándose la mano al corazón con gesto dramático-. ¿Crees que un italiano compraría la pasta por ahí?

-¿No?

-Chica, tienes mucho que aprender todavía.

-Eso parece -aseguró Daisy todavía riendo.

Sin embargo, se le cortó la risa cuando Alex se inclinó hacia ella y le depositó un beso rápido y suave en la punta de la nariz.

-Y creo, cariño, que yo soy el hombre adecuado para enseñarte.

La cocina olía de maravilla.

Daisy estaba sentada en la mesita para dos preparada en una esquina de la estrecha habitación, observando cómo cocinaba Alex. Había regresado de la tienda de ultramarinos con varias bolsas. No sólo había llevado los ingredientes para la cena que iba a preparar, sino que también había comprado cosas que ella necesitaba. Daisy

pensó que aquel hombre era una maravilla: guapo, rico, sensible, tierno, piloto de la marina...

Cielo santo.

Era como un héroe de novela romántica.

Y estaba fuera de su alcance.

Pero no importaba, se recordó a sí misma, porque ella no estaba buscando un hombre. Ya tenía suficientes cosas en que pensar. Tenía un bebé, un futuro que planear. No buscaba ningún romance. De hecho, no estaba en posición de buscarlo ni aunque estuviera interesada, que no lo estaba.

No hacía mucho tiempo, Daisy pensaba que el amor era la respuesta a todo. Había creído a Jeff cuando le dijo que la amaba, cuando le dijo que ella era todo lo que necesitaba. Se dijo a sí misma que estaba demasiado nervioso como para pedirle que se casara con él. Y, que el cielo la ayudara, estaba convencida de que se pondría tan contento como ella cuando supiera que estaba embarazada.

La verdad no había tardado mucho tiempo en salir a flote.

A Daisy le parecía estar viendo todavía la mirada que dibujaron sus ojos cuando se lo dijo. Si se esforzaba, podía incluso escuchar sus palabras.

-¿Estás loca? ¿Un bebé? Yo no quiero ningún bebé. De ninguna manera vas a atraparme en este asunto.

Entonces se subió a su descapotable y salió corriendo girando las ruedas tan deprisa que parecía que estuvieran gimiendo.

Dos horas más tarde estaba muerto. Un camión se había saltado un semáforo en rojo, precipitándose contra aquel coche al que él tanto quería.

Daisy aspiró con fuerza el aire y colocó el recuerdo de Jeff en un rincón oscuro de su corazón. El amor que le tenía había muerto en el instante en que lo vio alejarse de ella en estado de pánico, pero siempre le estaría agradecida por haberle dado a Angel.

-El secreto es la salsa dulce -estaba diciendo Alex-. A la gente le gusta la salsa de cerdo normal, pero para conseguir este sabor necesitas salsa dulce italiana.

Capítulo 7

-Intentaré recordarlo.

-¿Te ocurre algo? -preguntó Alex apartando los ojos del fuego al notar en su voz un tono emocionado.

-No. Estaba pensando.

-En nada agradable, supongo.

-Piloto de la marina y adivino, ¿eh? -respondió ella sonriendo para disimular.

-No me hace falta leerte el pensamiento para ver nubes de tormenta en esos ojos tan bonitos que tienes, Daisy.

Ella se revolvió incómoda en la silla. Hacía mucho tiempo que nadie le había dicho ningún piropo, y no sabía cómo tenía que reaccionar. Por suerte, Alex no esperó respuesta.

-Bueno -dijo sirviéndose un vaso de vino y otro de agua para ella-. Háblame de ti.

-No hay mucho que contar -aseguró Daisy dándole un sorbo a su agua.

-Entonces tardarás poco -respondió Alex.

-De acuerdo -se rindió ella sin poder evitar sonreír.

Antes de empezar a hablar, se apoyó contra el respaldo de la silla y sujetó con fuerza el vaso de agua.

-Crecí en California -dijo mirando fijamente el contenido del vaso.

-Estás muy lejos de casa.

En realidad, Daisy sentía que no había tenido casa hasta que llegó a Boston varios años atrás. -No -respondió suavemente-. Ésta es mi casa. Tú provienes de una familia muy numerosa, ¿verdad?

-Así es -dijo Alex dándole un sorbo a su vaso de vino sin apartar la vista de ella.

-Yo no. Mis padres murieron cuando yo tenía cinco años y crecí en casas de acogida.

Allí estaba. Daisy creyó ver aquel leve destello de piedad que solían reflejar los ojos de la gente cuando les contaba su verdad. Y la molestó verlo en la mirada de Alex. No quería que le tuvieran lástima. Eso la hacía sentir de nuevo como la niña de vestidos viejos que fue, y no le gustaba.

-Tuvo que ser muy duro.

-No sientas lástima por mí -dijo Daisy por toda respuesta poniéndose tensa.

-No la siento.

-¿Cómo dices? -preguntó ella mirándolo con curiosidad.

-Digo que no me das pena -repitió Alex apoyando la cadera contra la encimera.

-Eso sí que es una novedad -reconoció Daisy.

Y además aquello cambiaba el sentido del brillo que le había parecido ver en los ojos de Alex.

-¿Por qué tendría que sentir lástima por ti? Tienes una casa muy bonita, un buen trabajo y una hija maravillosa.

Daisy se sintió invadida por una oleada de orgullo. Había trabajado muy duro para construir una vida propia y se alegraba de que Alex lo reconociera.

-Pero una cosa no quita la, otra -señaló él-. Sería una mala persona si no sintiera simpatía por la niña que una vez fuiste. Cielo santo, Daisy, ningún niño debería crecer sin familia.

Eso era lo que ella había pensado siempre, pero escuchárselo decir a Alex en voz alta despertó en ella una punzada de culpabilidad. Ángel crecería sin una familia, al menos en el sentido tradicional de la palabra. Pero en cuanto aquel pensamiento se le pasó por la cabeza, Daisy lo rechazó. Aquello era distinto. Angel tendría a su madre. Siempre. Y eso sería suficiente.

Daisy haría que fuera suficiente.

-Eso pasó hace mucho tiempo -concluyó negándose a seguir por aquel camino de la memoria.

Hacía muchos años que había salido de las sombras y le gustaba estar bajo la luz de sol.

-Lo sé -dijo Alex-. Pero a veces parece que fue ayer, ¿verdad?

-Si me dejo llevar, sí -admitió ella antes de darle un sorbo a su vaso de agua-. Pero no me dejo.

Alex asintió con la cabeza mientras la observaba. Había vislumbrado en su rostro un atisbo de vulnerabilidad antes de que Daisy la apartara de sí con una sonrisa y un gesto de decisión. Tenía la sensación de que su pasado no estaba tan alejado de ella como le gustaría hacerle creer. Pero Alex no podía hacer nada por la niña que fue. Y además, pensó, Daisy lo había superado. Había sobrevivido. Triunfado. No necesitaba que él viajara hacia atrás en el tiempo para rescatarla, por mucho que le gustara la idea.

-En cualquier caso -dijo Daisy, deseando claramente dejar atrás todo aquel asunto de la pobre huerfanita-, me marché cuando fui lo suficientemente mayor. Conseguí graduarme en el instituto y me mudé al otro lado del país para empezar de nuevo.

Alex sirvió la salsa y aspiró aquel aroma familiar que le recordaba a las cenas familiares de los domingos.

-Boston debió ser todo un cambio para ti. ¿Qué tal pasaste tu primer invierno?

-Desde luego, fue todo un impacto -respondió ella soltando una

carcajada-. No había visto nunca la nieve hasta que vine a vivir aquí.

-Cuando yo era niño me encantaba -aseguró Alex recordando las batallas de bolas de nieve en las que se enzarzaba con sus hermanos y hermanas.

-A mí también me gusta -admitió ella mirando por la estrecha ventanita como si esperara ver caer los copos-. Es preciosa. Y serena. Silenciosa, de algún modo. Es como si la tierra aspirara con fuerza el aire y lo retuviera.

Alex la miró y pensó que si el mundo se detuviera en aquel instante podría pasarse toda la eternidad contemplándola. El dibujo de los rayos del sol en sus facciones, el modo en que su cabello castaño parecía convertirse en oro, sus labios entreabiertos en una sonrisa que era al mismo tiempo seductora e inocente... Daisy Cusak le estaba calando hondo. Muy hondo. Y Alex no estaba completamente seguro de querer detenerlo.

Yeso debería preocuparlo.

Pero lo realmente preocupante era que no era así.

Las dos semanas siguientes transcurrieron volando.

Su baja por maternidad en el restaurante estaba pasando a toda prisa. Daisy apenas podía creérselo. Y se lo debía en gran parte a Alex.

Pasaba casi todos los días con Angel y con ella. Cuando sabía que venía en camino, Daisy se asomaba a la ventana y miraba a la calle para verlo aparecer, como si fuera una adolescente esperando a que apareciera su pareja del baile de fin de curso. Sabía que aquello era un error. Pasaba las noches en vela tumbada en la cama repitiéndose que debería detener aquello antes de que la situación se le fuera de las manos. Y todas las mañanas se precipitaba hacia el teléfono en cuanto lo oía sonar, deseando que fuera él.

Aquello era una locura y Daisy lo sabía. Le encantaba estar con Alex, pero siempre escuchaba una vocecita interior que surgía desde la parte de atrás de su cerebro que le recordaba que aquello no era real. Tarde o temprano Alex volvería a embarcarse. Era piloto de la marina, y se marcharía a cualquier destino del mundo que le asignaran. Entonces, ella se convertiría sólo en un lejano y agradable recuerdo. Pero aunque él no fuera piloto, aunque se quedara en Boston, aquella situación no duraría mucho tiempo. Daisy no era nadie, y uno de esos días Alex Barone terminaría por darse cuenta. Él provenía de una familia adinerada e influyente, y ella procedía... qué demonios, ni siquiera lo sabía.

De pronto, se sintió aliviada al pensar que Angel fuera tan pequeña Al menos la niña no tendría ningún recuerdo de aquel hombre que había invadido su mundo durante un corto espacio de tiempo. Angel no lo echaría de menos, no se preguntaría dónde estaba, ni si estaba a salvo, ni si estaría pensando en ella.

Su mente luchaba contra la inevitable despedida, pero Daisy se dijo a sí misma que debería relajarse, dejar de pensar y limitarse a disfrutar de Alex mientras pudiera.

-Entonces dime, ¿qué te parece? -preguntó él.

A juzgar por su tono de voz, no era la primera vez que le hacía la pregunta.

-¿Cómo? -preguntó a su vez Daisy parpadeando para volver al mundo real.

-La foto -dijo él poniendo cara de paciencia mientras sonreía.

Al ver que ella seguía sin responder, Alex señaló con la cabeza hacia el escaparate que tenían delante.

Se habían parado frente a una tienda de fotografía, y de cara al público se veía un retrato adorable de un bebé disfrazado de tigre.

-Angel es demasiado pequeña para dejarse fotografiar -respondió Daisy negando con la cabeza-. Se quedaría dormida.

-Probablemente -reconoció Alex tras pensárselo unos instantes-. Pero no importa, porque en cualquier caso tú la estarás sujetando.

-¿Yo? -preguntó Daisy mirándolo son sorpresa-. No creo. Quiero decir, que no estoy vestida como para hacerme una fotografía y...

-En primer lugar, estás preciosa -la interrumpió él cruzándose de brazos-, Y en segundo lugar, ¿no quieres tener un retrato bonito con tu hija para enseñárselo cuando sea adolescente y hacerle chantaje? Mi madre tiene cantidad de fotos incriminatorias de todos nosotros. Un movimiento en falso y te arriesgas a que enseñe a tus amigos una foto tuya desnudo en la bañera.

-No me lo creo...

-Ahora que lo dices, la verdad es que nunca ha llegado a hacerlo -reconoció Alex ladeando la cabeza con aire pensativo-. Al menos no a mí. Con la amenaza ha sido siempre más que suficiente. Pero mi hermano Reese asegura que mamá le enseñó a su ex novia una foto suya disfrazado de ovejita para la función de navidad del colegio. Y de hecho, Gina quemó todas sus fotos de bebé para evitar futuras amenazas.

Daisy sonrió, pero una parte de ella estaba preocupada. Al escucharlo, se estaba dando cuenta de lo importante que eran para un niño los recuerdos de su madre. Y había muchas cosas que ella no sabía respecto a ser madre. ¿Cómo iba a conocerlas si no había tenido

nunca un modelo a seguir? ¿Y si lo estropeaba todo, y si lo hacía tan mal que terminaba por traumatizar a la pobre Angel de por vida?

-Se suponía que esta historia tenía que hacerte reír.

-Estaba pensando que... ¿y si fracaso? -preguntó Daisy mientras arreglaba la colcha del cochecito de su hija.

-¿En qué?

-En ser madre.

-No fracasarás.

-¿Cómo puedes estar tan seguro, si sólo hace unas cuantas semanas que me conoces? -preguntó ella levantando la vista para mirarlo.

Alex la tomó de la mano y se la apretó suavemente, consiguiendo así que ella sintiera como si le estuviera abrazando también el corazón.

-Hay personas que conoces de pocos días y te parece que sabes más de ellas que de otras que conoces desde hace años -aseguró antes de retirar la mano-. Yo te conozco, Daisy Cusak. Eres una buena madre.

Ella quería creerlo, quería ser todo lo que su hija necesitara. Pero no podía. Ni la mejor madre del mundo podía ser un papá. Y pensar que algún día Angel pudiera echarle en cara que no tuviera padre era suficiente para inquietar a Daisy.

-Entonces -repitió Alex con una sonrisa de oreja a oreja-, ¿estás preparada para dar un nuevo paso en tu maternidad y crear tu archivo de chantajes?

-Sí -respondió ella-. Creo que lo estoy.

Por otro lado, Daisy quería tener un recuerdo de aquel día, un día en compañía de Alex, cuando los tres parecían formar una auténtica familia.

Capítulo 8

-No veo dónde está el problema -aseguró Joan, la camarera amiga de Daisy mientras le hacía carantoñas a la niña que tenía en brazos-. Quiero decir, que ojalá todas tuviéramos que afrontar situaciones así de terribles. Un hombre guapo y rico quiere pasar el tiempo contigo. ¡Qué horror! ¿Por qué no te tiras a la vía del tren para acabar con tanto sufrimiento?

-Muy graciosa.

Daisy recogió la ropa limpia de Angel y la depositó encima del sofá. Joan había pasado a verla de camino a su turno de mediodía en Antonio's, y no había dejado de hablar de Alex.

-Vamos, díselo a tu madre -dijo Joan mirando a la niña con los ojos muy abiertos-. Dile que se relaje y se divierta.

-Es muy fácil decirlo -respondió, Daisy.

Había pasado casi una semana desde el día en que ella y Angel habían posado en la tienda para su primera fotografía juntas. Y durante ese tiempo Alex se había convertido en un visitante todavía más habitual de lo que ya era. Aparecía con una pizza, con un par de películas de vídeo, con comida china... Daisy sacudió la cabeza. No sabía qué iba a ocurrir después, y ése era el problema. Le gustaba saber. Le gustaba conocer los planes, contemplar el suficiente tramo de camino como para no encontrarse con ninguna sorpresa.

Pero, desgraciadamente, con Alex alrededor había descubierto demasiados baches en la carretera como para poder ver en la lejanía.

Joan se sentó con cuidado en el otro extremo del sofá y se cruzó de piernas sin dejar de mirar a Angel.

-No lo entiendo. ¿Qué es lo que tanto te inquieta?¿Acaso te está molestando ese tipo? -preguntó entornando los ojos, como si de pronto hubiera dado con la clave del asunto-. Claro, es eso, ¿verdad? Tú quieres que te deje en paz y él se niega. ¿Es un acosador, o algo parecido? Porque si es así...

-¡No! -exclamó Daisy con tanta vehemencia que la niña dio un respingo en brazos de Joan-. No es eso en absoluto. El problema no es que no me guste, sino todo lo contrario. Que me gusta.

-Entonces, te lo vuelvo a repetir. Relájate y disfruta.

-No puedo.

-¿Por qué no?

Para Joan las cosas eran blancas o negras. Aunque claro, ella no tenía que preocuparse de un bebé. Pero en cuanto aquel pensamiento se le cruzó por la cabeza, Daisy lo rechazó al instante. No era Angel la que le impedía dejarse llevar por las atenciones de Alex. Era una cuestión suya. Daisy había confiado en un hombre una vez, y él la

había dejado sola y embarazada. No era que pensara que Alex fuera ese tipo de hombre, pero tampoco lo hubiera esperado de Jeff.

-Ya sé lo que estás pensando.

-Al parecer, todo el mundo sabe leer de pronto el pensamiento -murmuró Daisy exhalando un suspiro.

-¿Cómo dices?

-Nada. Continúa. ¿En qué estoy pensando?

-Estás comparando a Alex Barone con ese inútil, vago, mala persona... -comenzó a decir Joan antes de tapar las orejas de la niña para que no escuchara el nombre de su padre-. Con Jeff.

-No, no los comparo.

-¿No?

-De acuerdo, tal vez. Un poco. Pero es lógico, ¿no?

-Supongo que sí -admitió Joan recostándose sobre los cojines y mirando a Angel a los ojos-. Pero no todos los hombres son como ese tipo. ¿Vas a ingresar en un convento por culpa de un impresentable?

-No creo que en los conventos acepten madres solteras.

-Pues peor para ellos.

Daisy sonrió ante aquella conversación absurda. Siempre había podido contar con Joan para todo. Era una buena amiga, y comprendía por lo que había tenido que pasar cuando Jeff la abandonó. Pero Joan procedía de una familia unida y cariñosa. Tenía padres, dos hermanos que se burlaban de ella sin piedad, sobrinas, sobrinos, e ignoraba lo que significaba sentirse completamente sola, no tener a nadie en quien apoyarse cuando te golpeaban las piernas para hacerte caer.

Daisy no podía arriesgarse a que volvieran a hacerle tanto daño, porque esta vez afectaría también a Angel.

Joan consultó su reloj, suspiró con frustración y depositó a la niña cuidadosamente sobre los cojines del sofá.

-Ya llego tarde. Tengo que irme.

-Saluda a todo el mundo de mi parte.

-Lo haré -aseguró poniéndose en pie y estirándose el uniforme-. Sabes que estoy de tu lado, ¿verdad?

-Por supuesto que lo sé.

-Bien. Sólo quería asegurarme -bromeó Joan dirigiéndose hacia la puerta. Por cierto -dijo girándose hacia Daisy mientras agarraba el picaporte-. Si finalmente decides que no quieres tenerlo cerca, podrías ponérmelo a mí en el camino.

-Lo tendré en cuenta -contestó Daisy con una mueca.

Pero cuando Joan se hubo marchado, se dio cuenta de que la idea de ver a Alex Barone con otra mujer le provocaba un nudo en el

estómago.

Y supo entonces que estaba metida en un buen lío.

Alex salió de casa de sus padres en Beacon Hill y se precipitó hacia la calle. La última luz de la mañana se desparramaba sobre la ciudad como un tímido aviso del calor veraniego que estaba ya a la vuelta de la esquina. Enseguida la ciudad se cocería bajo un manto de humedad, pero mientras tanto una brisa fresca soplaba desde el mar, y ante Alex se abría un día más que pasar con Daisy y la niña.

Entonces escuchó a su espalda cómo se abría la puerta de entrada y se cerraba rápidamente. El ruido de unos tacones golpeando sobre la acera le hizo ver quién lo estaba siguiendo antes incluso de darse la vuelta.

-¿Qué ocurre, Rita? Tengo prisa.

-Sí, ya me he dado cuenta -respondió su hermana.

Alex entornó los ojos para protegerse del sol y dejó escapar un suspiro de impaciencia. Había acortado la visita a casa de sus padres por una razón. Y aquella razón lo estaba esperando en un pequeño apartamento al otro lado de la ciudad.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Quiero decir que apenas has estado con la familia desde que llegaste a la ciudad -respondió su hermana ignorando el tono irritado de su voz-. Te pasas el día con Daisy, ¿no es cierto?-Eso no es asunto tuyo, Rita -respondió Alex apoyándose contra el coche que había alquilado unos días atrás.

-La familia es la familia.

-Ya quien yo vea o deje de ver es asunto mío.

-Ya lo sé -reconoció Rita apartándose de la cara el cabello que la brisa le alborotaba-. No me malinterpretes. Daisy me cae muy bien.

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-Mira, Alex: Daisy es un encanto, ya lo sé -aseguró su hermana metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón vaquero-. Pero es una madre soltera con muchas cosas a las que enfrentarse en estos momentos.

-¿Y?

-Y tú eres un hombre que está de paso en la ciudad.

-No durante las próximas tres semanas.

-¡Ah, bueno! Entonces, todo arreglado.

Alex estaba comenzado a impacientarse, pero conociendo a su familia sabía que no podría irse de allí hasta que Rita hubiera soltado todo lo que tenía que decirle.

-Di de una vez lo que has venido a decir, ¿de acuerdo?

-Muy bien. No es justo que le hagas creer a Daisy que eres el príncipe azul y luego te subas en tu avión y desaparezcas volando por el horizonte.

-¿Y qué se supone que debo hacer? -exclamó Alex-. ¿No volver a verla? ¿Mantenerme apartado?

-Si vas a marcharte y dejarla plantada dentro de tres semanas, sí -aseguró Rita mirándolo a los ojos.

-¿Y si no la dejo plantada?

Aquellas palabras salieron de su boca antes de que tuviera tiempo de censurarlas. Alex llevaba mucho tiempo pensando en el momento en que tuviera que dejar a Daisy. Qué diablos, hacía unas semanas no sabía ni que existía, y ahora se levantaba todas las mañanas deseando verla, estar con ella. Quería tocarla. Quería besarla, abrazarla, y pasar la noche con ella. Quería formar parte de aquel pequeño apartamento y sus plantas tropicales. Aquel personal sentido del calor que Daisy creaba allí donde estuviera lo tenía atrapado, y le hacía desear más.

Y pensar en tener que dejarla en un plazo de tres semanas hacía que por primera vez en su vida le pesara el hecho de ser marino.

-¿Será posible? -preguntó Rita sonriéndole.

-¿A qué te refieres? -inquirió él con el ceño fruncido.

Pero Rita no contestó. Se limitó a hacer una mueca, sacudir la cabeza y murmurar:

-Nunca lo hubiera creído.

-¿De qué estás hablando?

-De nada, hermanito -aseguró ella poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla-. De nada en absoluto.

Entonces se giró sobre sus tacones y regresó a la casa mientras Alex la miraba fijamente, preguntándose por qué demonios tenían que ser tan extrañas las mujeres.

-Le repito que tiene que tratarse de un error.

Daisy mantenía una mano en el quicio y otra en la misma puerta, preparada para dar un portazo y cerrarla con llave en caso de que fuera necesario. Pero tendría que hacerlo con sumo cuidado, porque se estaba enfrentando a un repartidor que debía pesar al menos cien kilos.

-Mire, señora -murmuró el hombre blandiendo la hoja de pedido que tenía en la mano-, aquí lo dice muy claramente: «Entregar a Daisy Cusak». ¿Se llama usted Daisy?

-Sí, pero...

-¿Y se apellida Cusak?

-Sí -reconoció ella exhalando un suspiro.

-Entonces, no hay ningún problema, ¿verdad? -preguntó el

repartidor mirándola con frialdad.

-Sí que hay un problema -aseguró Daisy, que no estaba dispuesta a claudicar-. Porque yo no he pedido nada, y...

-Lo he pedido yo -dijo una voz desde el final del pasillo.

Una voz familiar. Una voz que tenía la habilidad de resbalar sobre su piel como una caricia de seda.

-¿Alex?

Daisy trató de divisar a Alex por encima de las cajas y la imponente altura del hombre que se interponía entre ella y el pasillo, pero no estaba dispuesta a apartarse de la puerta.

-Estoy aquí -dijo él abriéndose paso entre los bultos.

-¿Qué es todo esto? -preguntó Daisy mientras Alex entraba en el apartamento, la tomaba del brazo y la apartaba de allí para abrir la puerta en su totalidad.

-Espera un momento -le dijo antes de girarse hacia el repartidor-. Métalo todo dentro.

-Por mí, estupendo -respondió el hombre dedicándole a Daisy una mirada triunfal.

-Alex, ¿qué está pasando? -insistió ella observando las dos cajas enormes y varias más pequeñas en medio de su ya de por sí abarrotado salón.

Él se limitó a hacer una mueca, metió una mano en el bolsillo del pantalón para sacar un par de billetes y se los entregó al hombre.

-Gracias -le dijo acompañándolo a la salida y cerrando la puerta tras él-. ¿Dónde está la niña? -preguntó mirando a su alrededor.

-Durmiendo.

-Bien.

Parecía satisfecho de sí mismo. Una leve sonrisa curvaba sus labios, y Daisy tuvo la sensación de que aquella sonrisa cruzaba el salón y le encendía en el vientre un pequeño fuego. Pero ella lo rechazó deliberadamente, repitiéndose que se trataba de una cuestión hormonal. Puramente hormonal.

Alex, ¿qué estás haciendo?

-Es una sorpresa.

-Sí, eso desde luego -reconoció mirando las cajas sin abrir antes de volver a clavar los ojos en él-. ¿Qué es todo esto?

-He ido de compras -aseguró él encogiéndose de hombros.

Luego se puso de rodillas delante de la caja más grande y, sacando una navaja pequeña del bolsillo, comenzó a cortar el cartón.

-¡Ta-chán! -exclamó con aire triunfal dejando caer una de las paredes de la caja para mostrar su contenido.

Daisy miró en su interior. Era una cuna desmontada.

-¿Una cuna? -dijo mirando a Alex con el ceño fruncido-. Angel ya tiene cuna.

-Ya lo sé -respondió él apartando el papel que cubría el cabecero de madera de roble en tono pálido-. Pero ésta es el Cadillac del mobiliario de bebé.

Daisy estaba segura de ello. Era una preciosidad, y todavía lo parecía más comparada con la cuna de segunda mano que ella había pintado. Al parecer, Alex pensaba que Angel se merecía más de lo que su madre podía darle. Aquel pensamiento le hizo más daño del que Daisy estaba dispuesta a admitir.

Llevaba mucho tiempo cuidando de sí misma. No necesitaba ningún príncipe azul millonario que acudiera a su rescate.

Alex, fue sacando una a una todas las piezas de las cajas, y ella se quedó de pie, observándolo. Sentía como si estuviera perdiendo el control de la situación. Aquella cuna nueva y reluciente hizo que todo su apartamento pareciera distinto. Los muebles perdieron su pátina personal y adquirieron de golpe un aspecto usado. Viejo. Daisy siempre se había sentido orgullosa del hogar que había creado con sus propias manos, pero ahora lo estaba viendo con los ojos con que Alex debía mirarlo.

Y no le gustaba lo más mínimo.

-Devuélvela.

-¿Cómo?

-Lo digo en serio, Alex. Devuélvela -repitió apartándose de las cajas y de él-. Angel ya tiene una cuna. No necesitamos otra.

-Ya sé que no la necesitas -respondió él claramente confundido-. Pero quería que la tuvieras.

-¿Por qué?

-¿Cómo dices?

-Digo que por qué. Es una pregunta muy sencilla.

-Porque la vi y pensé que te haría feliz -respondió Alex dejando la cuna a un lado y poniéndose en pie para mirar a Daisy de frente-. Está claro que me he equivocado.

-¿Acaso piensas que lo que yo puedo darle no es suficiente?

-No he dicho eso en ningún momento -aseguró él con una nota de irritación en el tono de voz.

Maldición, ¿desde cuándo era una ofensa capital hacerle un regalo a alguien? Por primera vez en su vida, Alex había hecho uso de la dote que le habían entregado al cumplir los veintiún años. Hasta entonces se había contentado con vivir con su sueldo de piloto de la marina. Daisy y Angel eran la razón por la que ahora quería más.

Pero, al parecer, las cosas no habían salido bien.

-No paso mi tiempo contigo porque seas un Barone, ¿sabes?

-Lo sé -respondió Alex levantando las manos antes de golpearse con ellas los muslos.

¿De qué iba todo aquello?

-No me importa que seas rico.

-Mi familia es rica. Yo soy piloto de la marina.

-Me da igual. No estoy interesada en el dinero de tu familia.

-Nunca he dicho que lo estuvieras.

-Entonces, ¿por qué haces todo esto sin ni siquiera consultarme primero?

Alex cruzó el salón en tres zancadas para ponerse a su lado. Maldita fuera, él sólo había querido ayudar. Hacerla sonreír. Hacer algo por una mujer que seguramente no tenía experiencias agradables muy a menudo. Pero tenía la sensación de que si se lo decía a ella, se llevaría un puñetazo, seguro.

-Estaba en el centro comprando una cosa para mi madre cuando miré un escaparate y vi esta cuna.

Daisy tenía la mirada clavada en él, esperando.

-Y como un idiota pensé que te gustaría. Imaginé que sería una sorpresa agradable -continuó posándole las manos sobre los hombros e ignorando la corriente de calor que traspasó su cuerpo-. Quiero a Angel. Como si fuera mía. Quería hacer algo bonito por ella antes de embarcarme, ¿de acuerdo?

Aquello no era todo. En absoluto. También había querido provocar una sonrisa en Daisy, ver sus ojos brillar de ilusión. Ser el hombre que la hiciera feliz.

Había sido un idiota.

-No tienes que gastarte tu dinero en nosotras, Alex.

-Claro -respondió él dándose la vuelta para empezar a guardar la cuna de nuevo-. ¿Sabes qué? No me di cuenta de que hubiera alguien apuntándome con un arma en la cabeza para obligarme a comprar esto.

-No sé muy bien qué hacer -musitó Daisy con suavidad-. Nadie me había hecho nunca... quiero decir que...

-Podrías decir gracias -sugirió Alex girándose para volver a mirarla.

-Podría -reconoció Daisy avanzando un paso hacia él.

Alex se quedó completamente quieto para no romper la conexión que los unía en aquel momento.

Cuando ella estuvo a escasos centímetros de distancia, se puso de puntillas y lo besó dulcemente en la mejilla.

-Gracias.

Alex apretó los dientes con fuerza y cerró los puños para evitar ir hacia ella. No había nada que deseara más que tenerla cerca, abrazarla y besarla hasta que ambos se quedaran sin respiración. Pero el momento era demasiado delicado. Y Daisy no le había dado ninguna muestra de que estuviera interesada en él más allá que como amigo.

Bien, Alex no estaba dispuesto a entregarle de nuevo su corazón a una mujer que no lo quisiera. Había aprendido aquella lección de la manera más dura. Así que reprimió sus instintos, su deseo, y dijo sencillamente:

-De nada.

Estaban tan cerca que podía sentir su respiración y los latidos del corazón de Daisy en la base del cuello. La deseaba más que a nada en el mundo. Se pasaba los días siendo su amigo y las noches soñando con ser su amante.

Y ninguna de las dos situaciones le resultaba suficiente.

Quería más.

Quería las dos.

Pero si Daisy rechazaba los regalos que él le hacía, ¿por qué habría de quererlo a él?

Capítulo 9

Daisy ni siquiera era capaz de recordar la época en la que Alex no formaba parte de su vida. Se había hecho un hueco tan importante y tan rápidamente que ella no lo había visto venir, no había tenido tiempo de defenderse. Aunque tenía que admitir que, de haber podido, probablemente tampoco lo hubiera hecho.

Aquello era una locura. Daisy no debería haberse permitido acostumbrarse a su presencia, pero al mismo tiempo no podía evitar disfrutar de ella.

Era extraño, pero hasta la noche en que Alex irrumpió en su vida, Daisy se consideraba una persona feliz. Tenía su casa, su trabajo, estaba a punto de ser madre, y daba gracias por todo ello. Sin embargo, estaba empezando a querer más aunque supiera de sobra que no tenía ni la más mínima oportunidad de convertir aquel sueño en realidad.

Tumbada sobre la cama, Daisy observó fijamente el techo y trató de ignorar el dolor que sentía dentro. Era ridículo sentirse así cuando aquel hombre no había hecho nada conscientemente para elevarle la tensión arterial de aquel modo. Pero el mero hecho de tenerlo cerca bastaba para hacerla temblar con un deseo que hacía mucho tiempo que no sentía.

Daisy apartó las sábanas y se levantó de la cama. Ya que no podía dormir, lo mejor sería hacer algo. Cualquier cosa. Si mantenía la cabeza ocupada no le surgirían imágenes de los ojos de Alex. De su boca. De sus manos.

Entró en el dormitorio de la niña. La tenue luz de una lamparita en forma de princesa le sirvió de guía para cruzar la habitación. Daisy se sentó al lado de la cuna nueva y observó a su hija, que dormía plácidamente, y envidió el sueño pacífico de la niña. Acarició con las yemas de los dedos los barrotes de madera de roble y recordó las manos de Alex armando la cuna, cómo se habían reído con aquellas instrucciones indescifrables, y lo orgulloso que se había sentido él al instalar su regalo en el dormitorio de la niña.

-Esto no me está ayudando -susurró Daisy entre dientes.

Se dio la vuelta y salió de la habitación rodeando la puerta abierta para escuchar a Angel si lloraba. Entró en el salón, encendió la luz de una lámpara de mesa y comenzó a ordenar los cojines, a recoger papeles en, busca de algo en lo que ocupar la mente. Algo que la distrajera del hombre que parecía no abandonar nunca sus pensamientos.

Pero era una batalla perdida y Daisy lo sabía. Cuando Alex se hubiera marchado y el tiempo que habían transcurrido juntos no

fuera más que un recuerdo, ella seguiría recordándolo. Sabía que durante las largas noches que ocuparían los años venideros, su cerebro la torturaría rememorando los acontecimientos de las últimas semanas. Cada vez que mirara a su hija a la cara recordaría la noche de su nacimiento y el calor de la mano de Alex sobre las suyas.

Alguien llamó a la puerta, y Daisy, sobresaltada, consultó su reloj. Eran las once en punto. ¿Quién sería a aquellas horas de la noche?

Se precipitó hacia la puerta y miró a través de la mirilla. Alex. Su cuerpo pareció cobrar vida y tuvo la sensación de que la sangre se le sobresaltaba en las venas. Parecía como si sus pensamientos lo hubieran llevado hasta allí y, rindiéndose ante el destino, Daisy quitó la cadena de la puerta y abrió.

Alex se la quedó mirando durante un largo minuto. Un halo de cabello castaño la enmarcaba el rostro. Tenía los hombros desnudos bajo los finos tirantes de su camisón corto azul pálido, y la delicada tela se le ajustaba sobre aquellos pechos pequeños y perfectos, remarcándole lo suficiente los pezones como para que Alex no tuviera más remedio que quedarse embobado mirándolos. Unos pantalones cortos blancos colgaban libremente de su cintura estrecha, dejando entrever un trozo de piel blanca que provocó en él deseos de tocarla y sentir la suavidad de su carne. Tenía un aspecto cálido, despeinado, y dispuesto para el amor.

Lo único que lo detuvo fue el hecho de saber que, médicamente hablando, no estaba dispuesta.

Daisy dio un paso atrás para dejarle paso y él entró a toda prisa antes de que le diera por cambiar de opinión.

Alex, ¿qué estás haciendo aquí?

-Estaba fuera, en mi coche, vi que tenías la luz encendida y... Estupendo, creo que parezco un completo acosador -reconoció pasándose la mano por la cabeza-. Ya sé que suena fatal, a mí tampoco me gusta, pero por alguna razón, yo...

Alex se encogió de hombros, como si reconociera sin palabras que no tenía ninguna razón para estar allí.

-Sencillamente, me subí al coche y acabé aquí.

Lo que no había dicho era que estar con sus amigos no le había servido para dejar de pensar en Daisy. Ni que estar sentado en la barra del bar tomando una cerveza no resultaba nada divertido cuando lo que de verdad quería hacer era estar con ella. Maldición, Alex no había contado con algo así.

Había renunciado al amor. Eso era lo que ocurría cuando a un hombre lo dejaban plantado el día de San Valentín a escasas semanas de la boda. Pero Daisy se le había colado en el radar. Había aparecido

por un ángulo ciego, y para cuando Alex se dio cuenta de lo profundamente que le había calado, ya era demasiado tarde.

Porque ya no quería librarse de ella. Ahora lo único que quería era estar dentro de ella,

Todo su cuerpo se calentó y se puso rígido ante aquella idea, y necesitó de todo su control para no lanzarse a sus brazos.

-Me alegro -aseguró Daisy, acabando así con su autocontrol de un plumazo.

Alex se acercó un paso más, estiró los brazos y la atrajo hacia sí. Sintió el contacto de sus pezones pequeños y erectos presionándole el pecho, y la giró deliberadamente con suavidad, notando su piel contra la suya hasta que vio cómo los ojos de Daisy se suavizaban.

-Acabas de dar a luz -susurró él mientras deslizaba la mano por su espalda hasta descender al trasero-. No quiero hacerte daño.

-No me lo haces -murmuró ella gimiendo ligeramente cuando la mano izquierda de Alex se deslizó entre sus cuerpos y le cubrió un pecho.

Él paseó la mirada sobre sus facciones muy lentamente, disfrutando del rubor que había aparecido en sus blancas mejillas, y del modo en que había entreabierto los labios con un suspiro de deseo. El silencio del salón parecía envolverlos, apartándolos del mundo para llevarlos hacia un lugar en el que sólo ellos dos existían.

-Te deseo, Daisy -murmuró él, sintiendo cómo se le calentaba la sangre al reconocerlo en voz alta.

Ella abrió los ojos desmesuradamente y lo miró, ladeando ligeramente la cabeza. La línea de su cuello lo tentaba para llenarla de besos húmedos y calientes. El dedo pulgar de Alex se deslizó por la punta de su pezón mientras ella aguantaba la respiración.

-Lo sé -susurró-. Yo también te deseo.

Aquellas palabras actuaron como chispas en el fuego de su interior, encendiendo las llamas hasta que se sintió consumida por ellas. Aquélla era la razón por la que había ido a verla a esas horas de la noche. Aquélla era la razón por la que la charla de sus amigos no le había parecido más que un ruido molesto. Tenía a Daisy en la cabeza, en la sangre, y no podía pensar en nada más.

-Necesito besarte. Llevo toda la noche pensando en ello -le dijo.

-Yo también. No puedo dormir, no puedo pensar...

-No hay nada en qué pensar -murmuró Alex-. Sólo hay que sentir. Que saborear.

Daisy se humedeció los labios con la lengua, y aquel gesto estuvo a punto de hacerlo estallar. Sintió el deseo avivarse en su interior como si se tratara de un tigre enjaulado esperando la oportunidad de

escaparse. Alex nunca había sentido nada igual. Nunca había experimentando una necesidad semejante de estar con alguien, de sentir a ese alguien cerca, de sentirlo dentro.

Bajo la suave luz de la lamparita, la observó mientras inclinaba la cabeza hacia ella muy despacio, lentamente, disfrutando del placer de aquella sensación de deseo anticipado ante el primer roce de sus labios. Y cuando ya no pudo soportar la tensión ni un segundo más, la besó.

Una oleada de calor los atravesó a ambos, y aquel beso, que comenzó como una caricia suave y dulce, acabó convirtiéndose en un manjar para un hombre hambriento. Alex la estrechó entre sus brazos con ardor, procurando controlar la intensidad de su abrazo pero sujetándola con la suficiente fuerza como para que no pudiera escaparse de él si quisiera.

Pero Daisy le echó los brazos al cuello y se apretó contra él con la misma intensidad, como si Alex fuera la única fuerza estable del universo.

Entonces, él le abrió los labios con el embiste de su lengua y se hundió en la calidez de su boca, gimiendo ante el alivio de sentir la boca de Daisy bajo la suya. Y la saboreó, dejándose llevar por el ardor de su sangre y la respuesta deseosa de ella. Entregaba lo mismo que recibía, y el modo en que respondía a sus besos lo dejó sin respiración. Daisy amoldó su cuerpo al suyo, estrechándose contra él.

Alex la abrazó más fuerte, hasta levantarle los pies del suelo. Su cuerpo pequeño y compacto se amoldaba a la perfección al suyo. Aquél era el punto hacia el que ambos se dirigían desde la primera noche en Antonio's. Una parte de Alex lo supo ya entonces, cuando la miró a los ojos y se perdió en ellos.

Sus lenguas danzaron juntas, embistiéndose, deslizándose, acariciándose... Las manos de Alex le recorrían la espalda de arriba abajo, siguiendo la línea de sus curvas, sintiendo cómo el cuerpo lujurioso de Daisy cobraba vida bajo sus caricias. Deslizó las manos bajo su camisón. Necesitaba sentirla, notar piel contra piel. Ella le suspiró en la boca mientras los dedos de Alex le recorrían la espina dorsal. Él sintió cómo su cuerpo se endurecía aún más y la besó con pasión, deseoso de tomar de ella todo lo que pudiera. Necesitaba estar con Daisy para saciar los fuegos que llevaban varias semanas quemándole las entrañas.

Introdujo las manos por la cinturilla de sus pantalones cortos y las deslizó por su trasero, disfrutando con la sensación de suavidad y dulzura. Sintió cómo las yemas de los dedos se le cargaban con una fuerza eléctrica que parecía reproducirse en su interior, y allí borraba

cualquier otra noción que no fuera la de la necesidad de sentir más. De acariciar más. Daisy se movió entre sus brazos, apretándose tanto que Alex pensó que podría llegar a desaparecer dentro de él. Y ni siquiera eso sería suficiente. No para él.

Ni tampoco para Daisy.

Ella se derretía con sus caricias.

Aquélla era la única palabra que se le cruzaba por la mente. Derretida. Las caricias de Alex eran distintas a cualquier cosa que hubiera experimentado con anterioridad. Sentía su cuerpo atravesado por un sin fin de rayos y truenos,

como si estuviera atrapada en medio de una tormenta que fuera aumentando de intensidad hasta llegar a un punto en el que temía quedarse sin respiración. Aunque de alguna manera eso no le importaba, siempre y cuando Alex siguiera acariciándola.

Aquello era cosa de magia, pensó Daisy. Era mágico que el contacto de un hombre pudiera llegar a ser tan excitante, tan pleno que lo único que importara fuera la siguiente caricia. Y la siguiente.

Ella no había contado con aquello. Nunca hubiera imaginado que sentiría algo parecido. Cada célula de su cuerpo parecía más viva que nunca.

Cuando Alex apartó la boca de la suya, Daisy quiso gemir de decepción, pero él inclinó la cabeza para besarla en el cuello, para colocar los labios sobre el pulso de su latido. Y ella sintió cómo se le aceleraba el corazón en respuesta al contacto de su lengua sobre su sensibilizada piel. Daisy lo agarró de los hombros, hundiendo los dedos en la suave tela de su camiseta roja, y se echó hacia atrás, suplicando sin palabras que sus labios siguieran bajando, que fueran más allá. Quería sentirlos sobre sus senos, notar el calor próximo a su corazón.

-Aquí hay demasiada ropa -susurró él respirándole sobre la piel con aliento de fuego.

Daisy estaba de acuerdo. No quería que nada se interpusiera entre ellos en aquellos momentos, ni siquiera la más tenue barrera de tela.

Alex deslizó las manos bajo su camisón y en cuestión de segundos se lo sacó por encima de la cabeza para dejarle los pechos desnudos.

Tenía los pezones duros, erectos. Daisy se estremeció, pero no de frío. Era la mirada de Alex cautiva de sus senos lo que provocaba aquel escalofrío que le recorrió el cuerpo.

-Preciosos -susurró él recorriéndole los contornos de los senos con una caricia que parecía especialmente programada para volverla loca-. Eres preciosa, Daisy. Eres aún más bonita de lo que me había

imaginado.

Ella no se sentía bonita.

Se sentía consumida por las llamas.

Sentía que si Alex no la besaba y la acariciaba se convertiría en una inmensa bola de fuego y estallaría delante de sus ojos.

-Tócame, Alex -susurró mirándolo a los ojos con un suspiro que le salió del alma-. Quiero sentir tus manos sobre mi cuerpo.

Él emitió un gemido surgido desde lo más profundo de la garganta, la tomó en brazos y la llevó hasta el sofá. Allí se sentó con ella sobre su regazo. Daisy se movió ligeramente, sintiendo su cuerpo duro y tenso debajo de ella y deseando poder sentirlo en su interior.

Alex la tumbó delicadamente sobre el sofá, se inclinó sobre ella y le besó primero un pezón y después el otro.

Daisy se arqueó hacia él, a punto de saltar del sofá. Luego se relajó y suspiró ante la maravilla de sentir su boca sobre su cuerpo. Su lengua, sus labios, sus dientes la atormentaban, desatando más y más su deseo hasta que se quedó sin fuerzas y lo único que pudo hacer fue tratar de recordar cómo se respiraba.

Alex seguía acariciándola, recorriéndole el vientre con la mano derecha, provocándole con las yemas de los dedos un fuego que no necesitaba que lo avivaran. Daisy cerró los ojos y se concentró en las sensaciones que estaba experimentando. Hacía mucho tiempo que no estaba con nadie, que nadie la mimaba, la abrazaba y la besaba. Y ni siquiera entonces se había sentido así. En absoluto.

Alex era como un faro. Cuando la tocaba, una luz brillante se apoderaba de Daisy. Pero si apartaba las manos de ella, se hacía la oscuridad.

Y ella quería la luz.

Quería sentir el fuego.

Quería experimentar la sensación de éxtasis absoluto que la estaba esperando.

Los dedos de Alex volvieron a introducirse en la cinturilla de sus pantalones cortos, deslizándose suavemente por su vientre hasta que encontraron su objetivo.

Daisy levantó la cabeza en busca de aire que respirar y lo miró mientras su boca trabajaba en sus pezones y su mano se lanzaba hacia el asalto final. Ella aspiró con fuerza el aire y lo retuvo en los pulmones. El la cubrió con la mano. Daisy gimió, cerró los ojos y se agarró con fuerza a sus hombros mientras arqueaba las caderas y se movía sobre su regazo salvajemente, con impaciencia.

Sentía el deseo abriéndose camino dentro de ella, y estuvo a punto de gritar de pasión.

Una parte de Alex sabía que aquella noche él no encontraría satisfacción. Era demasiado pronto para Daisy. Acababa de tener un hijo. Así que encontraría el placer satisfaciéndola a ella. Acariciarla de aquel modo, sentir su excitación, su rendición, era como una droga. Alex quería cada vez más y más. Bebió de ella con fuerza, con profundidad, hasta que estuvo seguro de que el espíritu de Daisy había penetrado en su alma.

Y entonces la tocó.

Las yemas de sus dedos encontraron su núcleo, húmedo, caliente y preparado. La primera vez que la embistió con los dedos ella se estremeció entre sus brazos y emitió un gemido de placer que alimentó el deseo que consumía a Alex. Pero él quería más. Quería darle más. Porque por primera vez en su vida, proporcionar placer era como recibirlo. Sentía cada uno de los temblores de Daisy. Sentía el fuego que se iba acrecentando en su interior. Sintió la carrera hacia el éxtasis. Y Alex insistió con más fuerza, más profundamente, deseando sentir su orgasmo dentro de ella y también de él.

Deslizó una mano por su espalda y la atrajo hacia sí, levantándole la cabeza para poder mirarla a la cara. Disfrutó de cada gemido, saboreó cada grito de placer. Daisy movía las caderas, restregando el cuerpo contra su mano mientras él la guiaba hacia la cumbre del placer.

-Mírame -susurró con la voz cargada de deseo-. Daisy, mírame.

Perdida como estaba en un mundo de pasión, ella lo oyó sin embargo y respondió abriendo los ojos y clavando en Alex la mirada.

-Quiero verte -dijo él con suavidad inclinándose hacia delante para besarla con ternura.

-Alex... -susurró ella con la respiración entrecortada mientras se movía entre sus brazos, avanzando hacia el orgasmo.

-Déjate llevar, Daisy. Déjate caer -la urgió Alex manteniéndole la mirada para ver cómo el éxtasis inundaba aquellos ojos azules-. Yo te sujeto. Déjate caer.

Alex, yo...

Se quedó sin respiración. Lo miró fijamente y Alex fue testigo del primer destello de placer explosionando en sus ojos. El cuerpo de Daisy se estremeció, se curvó completamente sobre él y gimió su nombre mientras se precipitaba hacia el abismo en el que él la esperaba para recogerla.

Capítulo 10

En el momento en que su cuerpo dejó de temblar, Daisy exhaló un profundo suspiro y se llevó los brazos al pecho para cubrirse los senos. Sabía que ya era un poco tarde para aquello, pero una vez pasada la tormenta de fuego se sentía de alguna manera un poco desnuda.

-Déjame decirte que el caballo no va a volver porque tú cierres la puerta de la cuadra -aseguró Alex con una media sonrisa.

-Tal vez no -contestó ella-. Pero me siento mejor con la puerta cerrada.

Daisy se sentó y se puso tensa al instante cuando él exhaló un gemido. De pronto, ella era demasiado consciente del cuerpo duro como el acero que tenía debajo.

-Mmm... -susurró Alex-. Será mejor que no te muevas mucho, ¿de acuerdo?

-Tal vez sea mejor que me baje de tu regazo.

-¿Lo mejor para quién? -preguntó él-. Yo estoy disfrutando.

-¿Es que eres masoquista? -bromeó Daisy con una sonrisa-. Sabes que no puedo...

-Sí, lo sé -aseguró él sujetándola sin embargo con firmeza.

Daisy lo miró fijamente. Alex sabía que no podían hacer el amor, y sin embargo había llevado la situación hasta un punto en el que si ella no hubiera alcanzado el orgasmo, habría explotado. Y seguro que él se sentía igual.

-Entonces, ¿por qué...?

-Porque necesitaba tocarte -aseguró Alex acariciándole la espina dorsal-. Necesitaba besarte. Me estaba volviendo loco, Daisy. Sólo podía pensar en ti, en tenerte cerca.

Ella sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago. Lo miró a los ojos y se preguntó cómo había logrado vivir veintiséis años sin ellos, sin perderse en la belleza y la calidez que brillaban en su interior. Y entonces se preguntó cómo demonios iba a vivir el resto de su vida sin volver a verlos.

Daisy le echó los brazos al cuello y lo besó despacio, profundamente, con ternura, demostrándole sin palabras lo importante que era para ella estar entre sus brazos.

Alex la había llevado más lejos, más alto que nadie. Y de pronto sintió el deseo de hacerle a él el mismo regalo.

-Y ahora -susurró dejando de besarlo y cubriéndole el rostro con las manos-. ¿Quieres que haga algo yo por ti?

-No -aseguró Alex tomándola de la mano y besándole en la palma.

-¿Por qué no?

-Porque puedo esperar. Te deseo, Daisy, pero esperaré hasta que pueda tenerte toda.

Aquello no era una promesa de amor eterno, pero tampoco ella estaba esperando ninguna. Alex la deseaba, y al menos era sincero.

Por el momento él era suyo. Por el momento, disfrutaría de la sensación de estar en brazos de un hombre como nunca pensó que encontraría ninguno.

Y disfrutaría de ello el tiempo que durase.

Ya lloraría su pérdida cuando todo terminara.

Cuando estuviera sola.

-Vale la pena esperarte -aseguró Alex, atrayéndola hacia sí para que descansara sobre su pecho.

Ella escuchó el latido de su corazón y se prometió a sí misma que lo recordaría todo.

Lo recordaría para el momento en que Alex fuera sólo un recuerdo y las noches demasiado largas y solitarias.

Rita sonrió y saludó con la mano a Daisy cuando ella y la niña se acercaron a la terracita del café.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Rita levantándose para mirar de cerca el cochecito-. ¡Lo que ha crecido!

Daisy sonrió con orgullo mientras la otra mujer le hacía carantoñas a su hija. El tiempo transcurría muy deprisa. Había pasado ya más de una semana desde la noche del sofá, y la tensión sexual entre ella y Alex no había hecho más que incrementarse. Ambos sabían que enseguida Daisy estaría físicamente preparada para hacer el amor, pero la verdadera cuestión era otra: ¿lo estaba emocionalmente?

Sus sentimientos hacia Alex eran para entonces tan confusos que sabía que si se acostaba con él se produciría un cortocircuito en su cerebro.

-Está preciosa -dijo Rita.

Daisy sacudió la cabeza para alejar de su mente los pensamientos de Alex, al menos por el momento.

-Gracias. Y gracias de nuevo por traerla al mundo -aseguró Daisy tomando asiento al otro lado de la mesa-. De verdad que no sé que hubiera sido de mí aquella noche sin tu ayuda.

-Te las hubieras arreglado -aseguró Rita agarrando un dedito de la niña con la mano-. La madre naturaleza se hubiera hecho cargo de todo. De todos modos, ha sido un placer. Han pasado casi seis semanas, y no he dejado de pensar en aquella aventura.

El camarero se acercó a la mesa, dejó los menús y se volvió a marchar sin decir una palabra.

-Y hablando de estas seis semanas -dijo Rita-, no quisiera parecer cotilla, pero soy enfermera y no puedo evitar preguntármelo. ¿Has ido a ver al médico?

-Voy mañana -contestó Daisy sintiendo cómo el estómago se le hacía un nudo.

Una vez que el médico le diera el visto bueno, no habría nada que se interpusiera en que ella y Alex se acostaran juntos.

Lo que no sabía era si aquello era bueno o malo.

-¿Has visto a Alex hace poco?

-¿Cómo? -preguntó Daisy tratando de disimular el sonrojo que le había producido escuchar su nombre-. Ah, sí, lo vi ayer.

-Os veis mucho últimamente, ¿no?

-Se puede decir que sí -respondió sin saber muy bien de qué iba todo aquello.

-Relájate, Daisy -dijo Rita soltando una carcajada antes de mirar su menú-. Esto no es un interrogatorio. Sólo quiero conocer mejor a la novia de mi hermano, eso es todo.

-Yo no soy...

-Claro, claro -la interrumpió Rita haciendo un gesto con la mano-. ¿Ya sabes qué quieres comer?

El camarero apareció al lado de su mesa con un bloc de notas en la mano y expresión de autosuficiencia. Profesionalmente hablando, Daisy pensó que se merecía una reprimenda. Si alguno de los camareros de Antonio's recibiera así a los clientes, se encontraría de patitas en la calle al instante.

-Yo tomaré el club sándwich y una taza de té -dijo Rita.

-Uno vegetal y una soda, por favor -pidió Daisy.

El hombre agarró los menús, se giró sobre sus talones y se marchó.

-Qué encanto -murmuró Daisy.

-No creas que vas a cambiar de tema y a confundirme hablando del camarero -aseguró Rita con una sonrisa.

-Ya estás confundida -respondió Daisy sin poder evitar parpadear ante el modo despectivo con el que la hermana de Alex había pronunciado la palabra «camarero».

Después de todo, ella lo era, y muy buena además. Su baja por maternidad estaba a punto de expirar y pronto regresaría a Antonio's. Sin embargo, era muy probable que ni siendo la mejor consiguiera impresionar a la familia Barone. Madre soltera, camarera... estaba claro que los Barone no podrían considerarla material de primera

calidad para convertirse en esposa de Alex.

¿Esposa?

¿De dónde había salido aquello?

Pero lo cierto era que no podía seguir engañándose, teniendo en cuenta las fantasías con las que soñaba despierta. Como aquélla en la que Alex era su marido y el papá de Angel y vivían los tres juntos en una pequeña cabaña con jardín inglés.

Daisy agarró su vaso de agua y se recordó a sí misma que no era tan tonta como para pensar que los cuentos de hadas eran de verdad, y que los sueños se hacían realidad.

-Mira, no creo estar confundida -dijo Rita con suavidad-. Mi hermano está enamorado de ti.

Regla número uno: no beber cuando alguien dice una tontería, pensó Daisy mientras tosía con fuerza para tratar de superar el atragantamiento.

-Estás loca -dijo finalmente cuando consiguió recuperar el aire.

-Qué curioso -murmuró Rita recostándose en el asiento-. Eso fue exactamente lo que Alex me dijo.

-¿Le has contado tus sospechas?

-Como si él no lo supiera ya...

-Esto es ridículo -aseguró Daisy sacudiendo la cabeza, aturdida-. Sólo se está portando bien conmigo. No está enamorado de mí.

-Querida, nadie se porta así de bien -respondió Rita con suavidad-. Es mucho más que eso. Alex te ama.

-Le ha tomado cariño a la niña, eso es todo -argumentó Daisy mirando a su hija dormida en el cochecito.

-Por supuesto que sí. Está loco por Angel, pero también está enamorado de su madre. Y yo nunca pensé que volvería a amar a nadie de nuevo.

-¿De nuevo? -preguntó Daisy olvidándose por completo de lo que iba a decir.

-Hace un par de años estuvo a punto de casarse, pero ella rompió el compromiso cuando faltaba poco más de una semana para la boda.

-Eso es terrible...

-Así es. Alex se quedó destrozado -aseguró Rita con aire pensativo-. Pero eso no fue lo peor. Además, aquello lo enterró. Lo apartó del amor. Y sinceramente, pensé que nunca más volvería a enamorarse.

-Y no lo ha hecho. De verdad.

Rita sonrió y Daisy pensó que nunca antes había pensado en lo enervante que podía llegar a ser una sonrisa.

-Conozco a mi hermano -aseguró Rita-. Y diga lo que diga, está

enamorado.

-¿Todos los Barone sabéis leer la mente?

-¿Cómo?

Daisy estaba verdaderamente confusa, y en lo único en lo que podía pensar era en salir de allí. Marcharse a algún sitio tranquilo en el que pudiera pensar. Sintió una punzada de pánico hacerse fuerte en la boca de su estómago. Deseaba creer a Rita pero no podía arriesgarse. No en aquellos momentos. Tenía que pensar en Angel. Había creído en Jeff, había confiado en él, y todo para terminar sola y embarazada.

No estaba dispuesta a que le volvieran a romper el corazón.

-Daisy, no te vayas.

-Lo siento. Yo...

Daisy se puso de pie y se encontró de frente con el camarero impertinente, que por fin se había dignado a aparecer con su comida.

-¿Se marcha usted? -inquirió él, colocando el plato con tanta delicadeza sobre la mesa que algunos trozos de fruta fresca se cayeron sobre el mantel y otros rodaron por el suelo.

-Sí, así es -dijo Daisy sin poder contenerse-. ¿Y sabe una cosa? Debería usted poner más entusiasmo en su trabajo, o si no dejarlo. A la gente no le gusta que les esté sirviendo una persona que los mira con el ceño fruncido.

El camarero abrió la boca para decir algo, pero ella se lo impidió.

-Las buenas maneras no cuestan nada, y si pusiera en práctica algunas de ellas vería usted cómo incrementaban sus propinas.

Dicho aquello, Daisy le hizo un gesto a Rita con la cabeza, agarró la barra del carrito de su hija y se dirigió a la calle.

Nunca llegó a escuchar el aplauso que le dedicaron el resto de los comensales, y se perdió la sonrisa que Rita le dedicó a sus espaldas.

-¿Quién se habrá creído que es? -gruñó el camarero entre dientes.

-Una mujer muy inteligente -le respondió Rita dejando una propina de veinte dólares sobre la mesa antes de marcharse.

Tenía que hacer una llamada telefónica.

Capítulo 11

Al día siguiente, Alex estaba en la avenida Huntington mirando fijamente el edificio de cinco plantas de acero y cristal que era la sede principal de Helados Baronessa. Frente a la impresionante construcción se levantaban unos jardines bien cuidados, y varias hileras de árboles adornaban la acera en su camino hasta la entrada al edificio, otorgándole al lugar un aire natural y acogedor.

A pesar de haber optado por la vida militar, Alex seguía siendo un Barone, y no pudo evitar sentir un escalofrío de orgullo al contemplar lo que su familia había conseguido. Metiéndose las manos en los bolsillos, entró en el edificio al mismo tiempo que las puertas automáticas se abrían en silenciosa bienvenida. Saludó con la mano al hombre que estaba sentado tras el mostrador de recepción y se dirigió a los ascensores. Entró en uno de ellos, apretó el botón de la quinta planta, apoyó la espalda contra la puerta y se cruzó de brazos. Mientras subía, miles de pensamientos le atravesaron la mente, la mayoría de ellos relacionados con lo que llevaba pensando desde que entró a cenar en el restaurante Antonio's seis semanas atrás.

Daisy Ella ocupaba sus sueños durante la noche y dominaba sus pensamientos por el día. Había entrado a formar parte de su mundo de tal manera que Alex era incapaz de imaginar la vida sin ella.

Y por eso había ido aquel día allí. Antes de hablar con Daisy, quería contarle a su familia lo que le estaba ocurriendo, sus sentimientos. Tal vez iba sin saberlo en busca de ánimos, de que alguien le dijera que estar enamorado no conducía necesariamente al desastre.

Alex soltó un gruñido y descruzó los brazos cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Un tranquilo clima de trabajo le dio la bienvenida mientras caminaba por el largo pasillo enmoquetado en dirección al despacho de su padre. Secretarias y asistentes corrían por los pasillos, los teléfonos sonaban y a través de los altavoces se escuchaba muy quedamente una melodía italiana.

Alex saludó a la secretaria de su padre con una inclinación de cabeza, empujó la puerta y entró en el despacho.

Frente al escritorio había dos sillas de respaldo alto, y tras él estaba sentado Carlo Barone con el auricular del teléfono en la oreja. Sin dejar de hablar, sonrió a su hijo y le hizo un gesto para que entrara.

Mientras esperaba, Alex deambuló por el despacho observando las fotografías familiares que cubrían gran parte de las paredes. Sus

hermanos y hermanas, congelados en el tiempo, lo miraban fijamente con sus sonrisas infantiles, provocando en él otra sonrisa en respuesta.

-Cariño -dijo una voz familiar desde el umbral de la puerta-, no sabía que fueras a venir hoy a la oficina.

Alex se giró para saludar a su madre. Moira Reardon Barone estaba ya cruzando el despacho con los brazos abiertos para abrazarlo. Era una mujer alta y elegante, con su cabellera roja irlandesa perfectamente peinada.

-Hola, mamá -dijo abrazándola.

-¡Alex! Me alegro de que hayas venido -dijo su padre acercándose tras colgar el teléfono-. Hoy tenemos una sorpresa preparada. Enseguida anunciaremos el ganador del concurso.

-No puedo quedarme -contestó él rápidamente.

Sabía que cada vez que iba a la oficina, su padre tenía la esperanza de convencerlo para que abandonara la marina y se uniera a la empresa familiar.

-Bien, entonces, ¿qué pasa? -preguntó Carlo tras fruncir un instante el ceño en gesto de leve decepción.

-Creo que yo lo sé -aseguró Moira mirando a su hijo con sonrisa esperanzada-. Rita me llamó ayer.

-Hablas con los niños todos los días -respondió su marido acercándose al mueble bar-. ¿Qué tiene de especial esa llamada?

-Intenté contártelo anoche -aseguró Moira exhalando un suspiro-, pero estabas demasiado ocupado hablando por teléfono.

Carlo le tendió un vaso de vino blanco y le pasó a su hijo una cerveza fría antes de darle a su esposa un beso en la mejilla.

-Estaba ocupado hablando con los distribuidores de la zona oeste.

-Hay cosas más importantes que el trabajo, Carlo -respondió Moira con una sonrisa mirando a su hijo con cariño.

Alex frunció el ceño y se sentó frente a sus padres en la zona de conversación que había al fondo del despacho. Naturalmente, ellos ocuparon su posición habitual: uno al lado del otro. Tal y como habían hecho a través de sus años de matrimonio, formaban un frente común. Habían conseguido criar ocho hijos y sacar adelante un negocio próspero permaneciendo muy unidos.

Cuando se hicieron mayores, todos sus hijos soñaban con tener una relación como aquella.

-¿Tienes idea de a qué se refiere? -preguntó Carlo mirando a Alex mientras le daba un sorbo a su whisky.

-No, pero...

-Lo que yo digo es que está aquí para hablarnos de una nueva

mujer en su vida.

Carlo pareció iluminarse. Como buen italiano, era un romántico incorregible.

-¿Quién es ella? ¿Cuándo la conoceremos? -preguntó antes de girarse hacia su esposa-. ¿Y por qué no me lo has contado?

-Lo intenté, ¿recuerdas? Los distribuidores de la zona oeste...

Moira miró a su hijo y trató de descifrar su expresión. Pero Alex siempre había sido muy reservado. La mayoría de sus hijos expresaba sus sentimientos con naturalidad, pero él se los guardaba para sí. Dada su manera de ser, Alex era el que más fácilmente podía resultar herido, y sin embargo sería el último en pedir ayuda.

Moira sabía lo mal que su hijo lo había pasado con la ruptura de su compromiso, y por ello estaba decidida a comprobar que esta vez había elegido mejor. No le interesaban las alabanzas que Rita le había cantado de Daisy. A Moira lo único que le importaba era Alex.

-Escuchad -comenzó a decir él colocando la cerveza sobre la mesa de cerezo que tenía delante-. Sólo he venido a hablaros de... bueno, a hablaros de Daisy.

Pero, al parecer, no tenía nada que contarles de ella. Rita ya se le había adelantado.

-¿Se llama Daisy? -preguntó Carlo-. ¿Es italiana?

-No. Se apellida Cusak.

-Es camarera en Antonio’s -añadió Moira.

-¿En Antonio's? -repitió el patriarca de los Barone con cierta tensión-. Bueno, no importa -aseguró finalmente haciendo un gesto desdeñoso con la mano-. Si tú la quieres, para mí es más que suficiente.

Pero Alex no había dicho que la quisiera. Ni siquiera había pensado en ello. Tenía que admitir que Daisy le importaba, y Dios sabía que la deseaba tanto que llevaba semanas caminando con dolor, pero ¿amarla? No estaba seguro. Estiró el brazo para agarrar de nuevo su cerveza cuando sonó el teléfono y su padre se levantó para contestarlo.

-Alex -susurró su madre con suavidad estirando la mano por encima de la mesa para agarrarle el brazo-. Rita me ha contado lo tuyo con Daisy. Y también lo del bebé.

-Rita es una metomentodo.

-Cierto -reconoció Moira con una sonrisa-. Pero te quiere. Y yo también.

-Lo sé.

-Y si tú quieres a Daisy, yo me alegro por ti. -Yo...

-Pero quiero que pienses también en una cosa -lo interrumpió ella

antes de que pudiera decir nada.

-¿En qué? -preguntó Alex exhalando un suspiro profundo.

-Rita me ha contado lo unido que te sientes al bebé de Daisy. Ese tipo de conexión emocional es muy fuerte. Podría nublar tus emociones, confundirlas...

-No se trata sólo de la niña, mamá -aseguró Alex apretando los dientes.

-Estoy segura de que no. Pero quiero que pienses una cosa -continuó diciendo su madre-. ¿Es Daisy tu amor? ¿O es la idea de tener tu propia familia lo que te atrae? -preguntó apartando la mano y sacudiendo la cabeza-. No me mires así. Es una pregunta sincera, y creo que deberías considerarlo, por tu bien y por el de Daisy, por no mencionar el de la niña.

-¿Y cómo se supone que puedo saber si es amor- de verdad? -preguntó Alex poniéndose en pie y pasándose la mano por la cara-. La última vez también pensé que estaba enamorado, pero cuando ella me dejó lo superé.

-No hay señales, Alex -aseguró Moira poniéndose también de pie-. No hay carteles ni fuegos artificiales. Es sólo un conocimiento dentro de ti, de tu corazón, de tu alma. Si es amor, lo sabrás.

-¿Y si no lo sé?

-Entonces, ahí está la respuesta, ¿no crees?

-A mí... a mí ella me importa, mamá.

Importar era una palabra poco adecuada. No servía para expresar la magnitud de lo que sentía por Daisy y por Angel. No explicaba las locas fantasías ni los sueños que habían pasado a formar parte de su vida durante las últimas semanas.

-Estoy segura de ello -contestó Moira suavemente-. Pero la pregunta es: ¿cuánto te importa?

Antes de que él pudiera contestar, su padre colgó el teléfono y grito:

-¡Moira! Ya tenemos al ganador del concurso. Es una joven llamada... Holly Fitzgerald -dijo tras consultar sus notas.

-¡Vivan los irlandeses! -aseguró Moira mirando a su marido con una mueca.

Unas horas más tarde, Daisy escuchó con el corazón en un puño cómo llamaban a la puerta. Ya no sabía qué hacer ni qué pensar. Alex era... era simplemente Alex. Una parte de su vida. El protagonista de sus sueños. El héroe de sus fantasías.

Y sin embargo, había tantas cosas que los separaban, tantos

obstáculos en el camino que podría llevarlos hacia una vida en común…

Abrió la puerta conteniendo la respiración mientras lo miraba fijamente a los ojos. Durante el resto de su vida, aunque no volviera a verlo nunca más, sería capaz de cerrar los ojos y recordar los suyos. Su calor. El fuego de su mirada. El destello de deseo que latía en sus profundidades.

Alex se pasó la mano por la cabeza, miró hacia el pasillo vacío y luego volvió a mirarla a ella.

-Daisy, quería verte. Necesitaba decirte una cosa.

«Adiós», pensó ella. Alex no había pronunciado la palabra, pero la despedida flotaba en el aire. Sintió cómo se le rompía el corazón mientras una vocecita interior lloraba por el final de lo que había sido un sueño maravilloso.

-Claro -dijo haciendo un esfuerzo para dar un paso atrás y dejarlo pasar.

Daisy levantó la barbilla con orgullo y se dijo a sí misma que lo mejor sería terminar con aquello cuanto antes.

Hacía semanas que sabía que aquel momento llegaría y había procurado estar preparada. Y ahora que había llegado sentía una pena tan honda que apenas era capaz de respirar. Quería precipitarse hacia él y besarlo, sentir sus brazos alrededor de su cuerpo. Quería decirle que había ido al médico y que le había dado el visto bueno para que retomara su vida normal.

Quería pedirle a Alex que le hiciera el amor, que la acariciara y que entrara en ella, que la llenara con su cuerpo de modo que Daisy no volviera a sentirse sola nunca más.

Pero sus palabras murieron sin ser pronunciadas. No podía hacerlo. No podía hacer el amor con él y luego dejarlo marchar. El 'dolor de conocer lo que nunca más volvería a tener sería insoportable, no podría vivir con ello.

Alex cruzó el pequeño saloncito y su imponente presencia pareció llenar la estancia, haciéndola parecer más pequeña todavía de lo que ya era. Daisy aspiró con fuerza el aire y trató de buscar la manera de tranquilizarse. Alex tenía la mirada enturbiada, y ella supo que le dijera lo que le dijera, no iba a gustarle.

-¿Dónde está Angel? -preguntó pillándola totalmente desprevenida.

-Dormida -respondió Daisy.

-Vaya -contestó él levantando la mano para frotarse el cuello-. Me hubiera gustado verla antes de… -dijo deteniéndose y mirándola fijamente.

-¿Antes de marcharte? -terminó Daisy por él, felicitándose interiormente por haber sido capaz de pronunciar aquellas palabras sin que se le quebrara la voz.

Alex tenía un aspecto completamente abatido, pero le pareció entrever en sus ojos una chispa de piedad. Pues bien, ella no quería su compasión, no quería que sintiera lástima por ella. Había sobrevivido al abandono de Jeff y también superaría aquello.

Alex cruzó el salón en tres zancadas y de pronto allí estaba, a su lado.

-No quiero marcharme, Daisy.

Ella sintió el calor de las manos de Alex sobre sus brazos desnudos y deseó no llevar puesta una camiseta sin mangas. Pero nada más pensarlo se dio cuenta de que ni un jersey de lana ni un abrigo serían suficientes para evitarle sentir su contacto hasta la médula de los huesos.

Sin embargo, Daisy se enfrentó al efecto. que él le producía y se obligó a sí misma a dar un paso atrás, a soltarse, a alejarse de la fuerza de Alex.

-Ya sé que no quieres -respondió ella tratando de aparentar una naturalidad que no sentía-. Eres muy amable, pero ambos sabíamos que acabarías marchándote. Que volverías a embarcarte.

-Todavía no.

-¿Cómo?

-Todavía me quedan diez días de permiso. Por ahora sólo me marcho a pasar unos días a la casa que mi familia tiene en Harwichport.

Daisy se cruzó de brazos y los apretó fuerte. Sabía lo que Alex estaba haciendo. Tal vez pensara que no la estaba dejando, pero eso era exactamente lo que estaba haciendo. La estaba apartando suavemente, tratando de amortiguar la inevitable despedida. Y sin embargo, aquello no era posible. Porque el hecho de que él se fuera había servido para que Daisy se diera cuenta de la única verdad.

Estaba enamorada de Alex Barone.

Y estaba a punto de perderlo.

El dolor todavía no se había hecho visible, pero la estaba rondando de cerca. Al menos le quedaba el orgullo para aferrase a él. No le diría que lo amaba. No 1e haría saber que su partida la estaba matando.

Porque si lo hacía y Alex le daba la espalda a su amor, tal y como Jeff había hecho, el dolor sería insoportable. Sería mejor guardar sus sentimientos para sí misma y hacerle creer que no le importaba demasiado que se marchara.

-Claro, quieres visitar a tu familia antes de embarcarte -comentó ella, orgullosa de sí misma por mantenerse tan fuerte.

-Regresaré dentro de unos días.

-Aquí estaré -respondió Daisy dedicándole una sonrisa que le costó un mundo.

Sí, allí estaría, y Angel también. Pero ella no esperaba volver a ver a Alex nunca más.

El regresaría con su familia, a su mundo, y dentro de muy poco Daisy y su hija se deslizarían hacia la parte de atrás de su cerebro, convirtiéndose en menos que canta un gallo en un recuerdo vago y agradable.

Y Alex nunca sabría que le había dejado el corazón destrozado.

Cuatro días más tarde, Alex se estaba volviendo loco.

Quería mucho a su familia, pero no podía dejar de pensar en Daisy. Se preguntaba si se acordaría de él, si lo echaría de menos y deseaba que regresara, o si se alegraba de haberse librado de él. ¿Y cómo estaría Angel, aquella criatura que le había robado el corazón a los pocos minutos de nacer? ¿Habría crecido? ¿Sabría alguna vez,. cuando fuera mayor que Alex había estado allí en sus comienzos, y que la había querido tanto como si hubiera sido su padre?

-No.

Alex dijo aquella palabra en voz alta para comprobar cómo sonaba, para ver cómo se sentía. Y nada más pronunciarla supo la simple y sencilla realidad.

Sacudió la cabeza y miró a través de la ventana del que había sido su dormitorio cuando era niño. Miró más allá de su propio reflejo, en dirección a Boston y a Daisy, donde estaba su corazón.

Capítulo 12

-La amo.

Así de sencillo. Así de fácil. Y ya que había pronunciado aquellas palabras, que las había admitido, sintió una oleada de placer profundo y agradable que le sacudió el centro del alma.

-¿Estás seguro?

Alex se dio la vuelta y descubrió a su madre apoyada en el quicio de la puerta, sonriendo.

-Sí -aseguró él componiendo una mueca-. Estoy seguro.

-Entonces, ¿por qué estás todavía aquí? -le preguntó Moira.

-Porque soy idiota -respondió Alex cruzando delante de ella y tomando el pasillo en dirección a las escaleras.

Ya que había tomado la decisión no podía esperar un minuto más para ver a Daisy, para decirle que la amaba. Para pedirle que se casara con él e insistir hasta que le dijera que sí.

-¡Estoy deseando conocer a Daisy! -gritó su madre-. ¡Ya mi nueva nieta!

Daisy trató de concentrarse en el trabajo.

Pero no le resultaba fácil. A pesar de la cantidad de gente que había en Antonio's, su mente seguía divagando. Y sin embargo, era agradable volver al trabajo. Desde luego, mucho mejor que quedarse sentada en su apartamento sin hacer otra cosa que lloriquear por Alex. Al menos allí estaba demasiado ocupada como para lloriquear todo el rato.

Ella y Joan habían conseguido trabajar en turnos diferentes, así que Joan cuidaba de Angel mientras Daisy estaba en el restaurante. Así al menos no tenía que preocuparse por la niña mientras trataba de seguir adelante con su vida.

Cuando la recepcionista sentó a un hombre en una de las mesas vacías de su zona, Daisy se alegró. Un cliente más en el que tener la mente ocupada. Hasta que se acercó para tomarle nota y se vio atrapada por la mirada penetrante de Alex. El corazón le dio un vuelco.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó sintiendo de pronto que le costaba respirar.

-Fui a tu apartamento. Joan me dijo que esta noche trabajabas.

-¿Pero para qué has venido?

-He venido a cenar.

-¿A cenar?

-Para empezar, sí.

Daisy lo miró fijamente, llenándose de él, y se dijo a sí misma que aquello no significaba nada. El hecho de que Alex hubiera regresado

cuando ella no esperaba volver a verlo jamás no era más que un paréntesis. Un paréntesis doloroso.

Alex...

-Me gustaría tomar una ensalada de pollo, por favor. Y café.

-Muy bien -respondió Daisy asintiendo con la cabeza mientras se llevaba el menú.

Si él era capaz de hacerlo, ella también. Lo atendería, y después Alex se marcharía durante el tiempo suficiente como para que pudiera olvidarlo. No necesitaría más de diez o veinte años.

Las dos horas siguientes transcurrieron volando. A cada paso que daba Daisy sentía la mirada de Alex clavada en ella. Cometió más errores que en su primera noche de camarera. Cuando su turno terminó, se acercó a la mesa de Alex para cobrarle y vio que había una propina de cincuenta dólares para una cena que costaba veinticinco.

-No quiero tu dinero, Alex -aseguró Daisy con irritación, dejando el dinero donde estaba.

Luego se dio la vuelta y salió del restaurante.

Alex la alcanzó en cuanto estuvo fuera y la agarró del brazo, obligándola a mirarlo.

-¿Por qué me haces esto? -preguntó Daisy apartándose el cabello de la cara-. ¿Por qué has regresado?

-Te echaba de menos -aseguró él.

Y aquellas tres palabras se le metieron a Daisy en el corazón, disipando la pena que le parecía haber llevado consigo desde siempre.

Alex... -murmuró alzando la vista hacia él y tratando de ignorar la sensación de sus manos sobre su piel.

-Tenía que verte.

-No es una buena idea.

-Es la mejor idea que he tenido en los últimos cinco días.

-No me hagas esto. No nos lo hagas a ambos.

-De eso se trata exactamente -murmuró él-. Hay un nosotros, Daisy, aunque no lo hayamos planeado.

Alex le deslizó la punta de los dedos por la mejilla. Ella se estremeció.

El calor del verano los rodeaba, empujándolos el uno hacia el otro. Daisy sentía que no podía respirar, y lo que era peor: no quería respirar. No necesitaba del aire cuando podía mirarse en los ojos de Alex y sentir el poder de su alma buscando a la suya.

-¿Y ahora qué? -acertó a preguntar a pesar del nudo que tenía en

la garganta.

Alex se inclinó hacia ella, la besó apasionadamente durante largo rato y después se apartó.

-A tu casa. Ahora mismo -dijo con firmeza.

Daisy no recordaba haberse metido en un taxi.

El tráfico de la ciudad y la gente se disolvían en una masa uniforme tras los cristales mientras las manos de Alex se deslizaban por todo su cuerpo. Daisy no sabía cómo había ocurrido, cómo había pasado de echarlo de menos a estar entre sus brazos en el asiento de cuero de la parte trasera de un taxi. Pero se dijo a sí misma que lo mejor sería no planteárselo, limitarse a aceptar el momento, a hundirse en la magia de Alex.

El taxi se detuvo frente a casa de Daisy y durante un instante Alex consideró la posibilidad de decirle que siguiera, que siguiera conduciendo para no tener que dejar de acariciarla. Pero enseguida cayó en la cuenta de que tenía que bajarse del taxi para poder quitarle toda aquella ropa.

Alex le dejó al taxista varios billetes de propina, salió del coche y tomó a Daisy de la mano para ayudarla a bajar. A la pálida luz de la farola de la calle se le veía el rostro sonrojado, los ojos abiertos de par en par y la boca suave y deliciosa. Entraron a toda prisa en el edificio, y durante el trayecto del ascensor, Daisy se arrojó en sus brazos y lo besó hasta que Alex sintió cómo le hervía la sangre. Cuando la puerta se abrió, corrieron por el pasillo y Daisy se dispuso a buscar la llave.

-Date prisa.

-Eso intento.

La puerta se abrió y Joan les dedicó a ambos una larga mirada.

-Angel está dormida -dijo finalmente con una mueca-. Que paséis buena noche.

Y se marchó cerrando la puerta tras de sí. Al instante siguiente, Alex estaba encima de Daisy, acariciándola por todas partes mientras ella sentía cómo las llamas le devoraban el cuerpo. Exhaló un suspiro, y Alex sintió cómo su virilidad se endurecía, preparada para el amor.

El cerebro de Daisy se cerró en banda. No quería pensar, no quería preocuparse por el mañana. Lo único que quería era disfrutar del momento, de aquella noche y del indescriptible placer de sentir las manos de Alex recorriéndole la piel. Antes era de la opinión de que el único modo de superar su ausencia sería renunciar a la experiencia de tenerlo dentro de su cuerpo. Pero ahora sabía que

aunque no tuviera la oportunidad de volver a pasar otro momento con él quería vivir aquél. Lo necesitaba.

Alex le deslizó en cuestión de segundos el uniforme por los hombros. La piel de Daisy se estremeció de frío, pero una sola mirada de él bastó para volver a encender las llamas.

-Daisy, me estás matando -murmuró Alex acariciándole los hombros antes de deslizarle las manos por los pechos para encontrar el cierre delantero del sujetador.

Se quitaron a toda prisa lo que les quedaba de ropa. Llevaban seis semanas esperando aquel momento, y necesitaban desnudarse enseguida. Falda, braguitas, camisa, el sujetador... Todo se fue amontonando en el suelo hasta que no quedó nada que se interpusiera entre ellos. Entonces Alex la tomó en brazos y la llevó hasta el dormitorio, tumbándola sobre la cama. Daisy se colgó de sus hombros.

Alex por favor... -jadeó arqueándose-. Necesito... necesito...

-Ambos lo necesitamos, Daisy -susurró él recorriéndole el cuello con los labios.

Daisy le clavó las uñas en la espalda, pidiéndole más sin palabras. Más besos, más cruces de lenguas, más caricias profundas... los dedos de Alex encontraron el centro de su cuerpo y la recorrió con ellos hasta la locura. Mientras su boca la saboreaba, atormentándola, los dedos hacían su propio juego, hundiéndose en el calor de Daisy una y otra vez.

Mientras tanto ella le recorría el cuerpo con las manos, trazando la línea de su espina dorsal, acariciándole después el pecho y el abdomen. Entonces curvó los dedos sobre su virilidad y sonrió cuando Alex contuvo la respiración. Era igual de receptivo a sus caricias que ella a las suyas. Y el conocimiento de ese poder la excitó aún más.

-Quiero que entres en mí -susurró intensificando las caricias para que él se diera cuenta de que hablaba en serio-. Ahora, Alex, entra en mí. Entra, en mí profundamente.

Alex no necesitó más ánimos. Aquello era lo que deseaba cada célula de su cuerpo. Y tras seis largas semanas de espera, tal vez no sería necesario esperar más. Se giró y se colocó entre los muslos de Daisy, y cuando ella alzó las caderas en muda invitación, no pudo contenerse ni un segundo más.

Despacio, con cuidado, entró en ella. Observó su expresión, temeroso de hacerle daño, introdujo su cuerpo en el de Daisy y no soltó el aire que tenía retenido en los pulmones hasta que estuvo hundido en su calor y ella le sonrió.

-No soy tan frágil -susurró alzando las manos hacia él-. No voy a romperme.

-No quiero hacerte daño.

-El único modo en que podrías hacerme daño sería parándote ahora.

-Ni lo sueñes, cariño.

Alex se elevó sobre ella y movió las caderas, reclamándola como suya lo más profundamente que pudo. Daisy le siguió el ritmo, arqueándose a cada embiste, enredando las piernas alrededor de su cintura y atrayéndolo más hacia sí, más dentro, más cerca, hasta que Alex ya no supo dónde empezaba su cuerpo y acababa el de ella. Ni le importaba.

Lo único que le importaba en aquellos momentos era que había encontrado el lugar al que pertenecía, el sitio para el que estaba hecho. Y era aquél. Dentro del cuerpo de Daisy, de su corazón.

Alex levantó la cabeza para besarla en los labios y saborear así sus suspiros. Cuando Daisy sintió la llegada de la primera oleada de placer, él la besó con más urgencia, tragándose sus gemidos y arrastrándolos consigo hasta su interior.

Ella lo abrazó y lo besó con desesperación, salvajemente, respondiendo al deseo de Alex, a su urgencia, con un furor hasta entonces desconocido para ella. El lo era todo, todo lo que Daisy había soñado. Mientras escalaba entre sus brazos hacia la cumbre del placer, supo que nunca volvería a ser la misma. Entonces Alex se vació por completo en ella mientras Daisy lo acunaba entre sus brazos, precipitándose juntos hacia una abismo de plenitud.

Cinco minutos más tarde, o una hora, o una eternidad después, Daisy abrió los ojos y clavó la vista en el techo. O al menos pensaba que era el techo, porque lo que ella veía, por muy extraño que pareciera, eran las estrellas del cielo.

Con Alex todavía atrapado en su interior, Daisy exhaló un profundo suspiro y se grabó en la memoria la sensación de su peso presionándola contra la cama. Quería recordarlo todo. Saborear cada caricia, cada respiración.

Porque cuando él se marchara, aquello sería lo único que le quedaría.

-Te amo -susurró Alex contra su cuello.

Daisy se quedó paralizada. El corazón dejó de latirle en el pecho y no estaba muy segura de poder seguir respirando. Pero por mucho que deseara escucharle decir aquellas palabras, una parte de ella sabía que Alex las había pronunciado sólo en reacción a lo que acababan de compartir. Así que en lugar de responder, le preguntó:

-¿Cuándo tienes que embarcarte?

El levantó la cabeza y la miró con expresión confusa.

-En menos de una semana. ¿Has oído lo que te he dicho?

-Te echaré de menos -susurró Daisy acariciándole suavemente le mejilla con un dedo.

Torciendo claramente el gesto, Alex se incorporó sobre un codo y con la mano libre sujetó la de Daisy con firmeza.

-¿No me has oído? He dicho que te amo.

-Sí, te he oído -respondió ella apartando la vista para clavarla en cualquier lugar que no fueran aquellos ojos oscuros-. Pero los dos sabemos que no querías decir eso.

-¿Ah, no? -preguntó Alex en tono cortante-. ¿Y qué he querido decir, entonces?

-Querías decir que el sexo ha estado bien.

-No, el sexo ha estado de maravilla. Quería decir que te amo.

-Alex, no me hagas esto -dijo Daisy por toda respuesta torciéndole la cara.

Se aventuró a mirarlo de reojo y se arrepintió al instante de haberlo hecho. Ya no quedaba en sus ojos ni asomo de deseo. Sólo había confusión y rabia.

Sin embargo, no hizo amago de salir de ella. Se estiró y se puso de rodillas, pero sus cuerpos seguían enlazados. Daisy estaba clavada en su regazo como si fuera una mariposa atrapada en un vaso de cristal.

-¿Estás tratando de decirme que tú no me amas? -inquirió Alex-. Porque si es así, no me lo creo.

-Yo no he dicho eso -respondió ella tratando de salir de allí.

Pero era inútil. Alex la tenía sujeta por las manos y su firme y dura virilidad estaba tan hundida dentro de ella que no podía ir a ningún sitio.

-Lo que yo sienta por ti no importa -se atrevió a decirle mirándolo tímidamente a los ojos.

-A mí me importa mucho -protestó él.

-Tú te marchas, y yo...

-¿Tú qué?

-Yo me quedo.

-Mira -comenzó a decir Alex tras exhalar un suspiro-, ya sé que no será fácil ser la esposa de un marino, pero...

-¿Esposa? -lo interrumpió ella inclinándose hacia atrás y mirándolo fijamente como si hubiera perdido la razón.

-¿Y de qué otra cosa crees que te estoy hablando? -preguntó Alex a su vez sin moverse ni un ápice-. Quiero que te cases conmigo.

-Tú no quieres casarte conmigo -aseguró Daisy tratando

inútilmente de zafarse de él-. Tú eres un Barone y yo una camarera.
-¿Y bien?
-No funcionaría. Sé que no...
-Tú eres camarera y mi familia fabrica helados -respondió Alex, que ya se había tranquilizado lo suficiente como para permitirse bromear-. A mí me parece una combinación perfecta.
Alex, no sabes lo que estás diciendo...
-Lo sé perfectamente. Sólo respóndeme a una cosa. ¿Tú me amas?
Daisy lo miró con ojos nuevos, cargados de un deseo renovado que pareció revertir hacia él.
-Sí. Sí te amo -respondió finalmente dejando caer la cabeza hacia delante-. He intentando no hacerlo, pero...
-Entonces, cásate conmigo -susurró Alex inclinándose para besarla en un pecho y provocando al instante que se le pusiera erecto-. Cásate conmigo y libérame de mi miseria.
Daisy sacudió la cabeza tratando desesperadamente de pensar, de mantener el cerebro despejado a pesar de los besos que le estaba dando.
-Angel -dijo finalmente-. Tengo una hija, y...
Alex levantó la cabeza y le tomó la cara entre las manos.
-Tenemos una hija -aseguró con voz firme para que no hubiera dudas-. La he querido desde el momento en que nació. Es la niña de mis ojos, Daisy, y si a ti te parece bien en cuanto nos casemos iniciaré los trámites para adoptarla legalmente.
Los ojos de Daisy se llenaron de lágrimas, difuminándole la imagen de Alex. La luz de la luna los envolvía como una niebla espesa y plateada, y supo que nunca olvidaría aquella noche.
Alex.. .
Pero fuera lo que fuera lo que iba a decir, se perdió cuando escucharon sollozar a la niña. Esta vez Alex la dejó apartarse. Daisy salió del dormitorio y entró en el cuarto de la niña con él detrás.
Angel estaba en la cuna que Alex le había regalado. Parecía profundamente dormida, pero emitía esos pequeños ruiditos que llegaban al corazón de todos los padres. Daisy estiró la mano y le acaricio la espalda, susurrando palabras tranquilizadoras que devolvieran la paz al sueño de la niña.
Alex rodeó con los brazos a la mujer que amaba y contempló a la niña que los había unido.
-Cásate conmigo, Daisy -susurró mirando bajo la suave luz de la lamparita aquellos ojos azules que lo eran todo para él-. Quiéreme. Forma una familia conmigo.
Ella alzó los ojos para mirarlo y supo que estaba perdida. Había

estado perdida desde el momento en que él entró en Antonio's. La vida de Daisy había cambiado aquella noche mágica, y sabía que le había sido entregado un don maravilloso. Sería una estupidez echarlo a perder.

-Sí, Alex. Me casaré contigo. Y te amaré mientras viva.

El la besó suavemente, con una ternura que encerraba una promesa de futuro mientras la guiaba abrazada de vuelta al dormitorio. Y esta vez, cuando se tendió a su lado sobre la cama, Alex tenía el corazón lleno. Daisy era su amor. Su vida. Y agradeció en silencio al destino por habérsela puesto en el camino.

Daisy cerró los ojos y volvió a abrirlos cuando Alex se colocó encima de ella. Quería mirarlo a los ojos mientras él la tomaba.

Había encontrado un amante.

Había encontrado un marido.

Y un padre para Angel.

Pero sobre todo había encontrado la pieza que le faltaba a su propio corazón. Y estaba allí, escondida dentro de aquel par de ojos oscuros.

Epílogo

Tres días más tarde

Fue una boda sencilla y precipitada. Con un permiso especial y las bendiciones de los Barone, Alex y Daisy se casaron en el jardín de Moira.

La pequeña Angel protestó durante toda la ceremonia, pero a nadie pareció importarle. Era un día demasiado perfecto.

Cuando Alex le deslizó el anillo de oro en el dedo, Daisy lo miró a los ojos sonriendo. Sí, él se marcharía en dos días. Pero en cuanto le hubieran asignado la base a la que tenía que trasladarse, ella y Angel se reunirían con él. Mientras tanto, tendría a su nueva familia alrededor y un anillo de casada en el dedo para hacerle más fácil la espera.

-Puede besar a la novia -dijo el sacerdote con una sonrisa de oreja a oreja.

-Ésa es la mejor sugerencia que he escuchado en todo el día -contestó Alex atrayendo a Daisy hacia sí.

Ella le echó los brazos al cuello y miró de reojo a Rita, que estaba tratando desesperadamente de calmar a la niña.

-Creo que tu hija también quiere que le des un beso -bromeó Daisy sonriendo a su marido.

-Tendrá que esperar su turno -le murmuró él al oído-. En este momento estoy concentrado en su madre.

-Entonces, bésame, marinero.

-A la orden, señora Barone.

Cuando los labios de Alex se cerraron sobre los suyos, Daisy se dejó llevar. En sus brazos había encontrado todo lo que siempre soñó. No le importaba dónde irían a vivir, ni a cuántos lugares los destinaría la marina. Daisy sabía con absoluta certeza que su hogar se encontraría siempre allí donde estuviera su héroe.

En el Deseo titulado:

El riesgo de amar podrás encontrar la historia de Joseph Barone y Holly